

ANGELES MACUA

DÍAS DE LUNA

Novela finalista en el XLIV Premio Ateneo Ciudad de Valladolid de Novela Corta 1997
Novela finalista Premio Tigre Juan de Oviedo 1998

*A mis hijos SARA,
ANGEL HORACIO y
SERGIO:*

Gracias por haber nacido.

© DÍAS DE LUNA

I.S.B.N.: 84-922481-4-9

Depósito Legal: M.1.262.-1998

Impreso en España / Printed in Spain

**Toda revelación nace de un exabrupto del corazón.
Al menos, así ha nacido la mía.**

Prefacio

Elegguá es el hijo de Okuburo, Monarca de Anagüí. Un día, de joven, paseando con su séquito, se paró frente a una luz que, con tres ojos, le observaba desde el suelo. Elegguá se agachó, se miraron frente a frente, y embobado comprobó Elegguá que la luz procedía de un coco seco. Se lo llevó a palacio, contó a sus padres lo ocurrido y sin mayor importancia tiró el coco seco tras la puerta del zaguán.

Del "Obí" o coco seco, una luz blanca comenzó a crecer, extendiéndose por toda la comarca. Era una luz caliente y confortable; te entraba por los pies, te recorría el cuerpo por las venas y, con pesar, la dejabas partir por la cabeza para que no te estallase el corazón.

Al tercer día de lo acontecido, Elegguá murió.

Anagüí, su pueblo, siguió nutriéndose de la vida del "Obí" sin prestarle atención, sin ver en el suceso la manifestación de Dios; y la luz se apagó. Los cuerpos se enfriaron y vivieron a oscuras hasta que Jeremías, el anciano mayor, pidió perdón al Todo Poderoso. Buscó el Obí. Estaba en el mismo lugar en que Elegguá lo dejara. Se sentó tras la puerta del zaguán, tomó con la izquierda el coco seco y lloró durante años. El Obí muerto, cubierto de gusanos, se diluía entre los dedos del Patriarca. Su luz se había apagado por falta de caricias.

Jeremías habló de todo corazón a Dios: "Padre, su vida por la mía". Otra torpeza más. No se puede cambiar muerte por vida. El trueque ha de tener la misma fuerza y el último suspiro del anciano en nada podía parecerse al soplo que te enciende y calienta.

El pueblo entero se congregó en torno de aquella cosa muerta. Tenían que hacer

algo. Llorar no era bastante, pedir perdón no parecía conmover a nadie. El universo estaba mudo y sordo. De pronto, una idea se clavó en sus corazones. Algo podían ofrecer a cambio de la luz. Podían dar su envidia, su lujuria, su ira, su pereza... así hasta siete pecados capitales: era todo su patrimonio y estaban dispuestos a entregarlo.

La sonrisa de Dios se dibujó en el cielo. Tenía un gran sentido del humor el Todo Poderoso, así que aceptó el cambio. Tomó con sus dos manos los restos del Obí y empezó a moldearlo con tierra y con saliva. El resultado fue una piedra rectangular que, desde lo más alto de todo el universo, soltó y fue a caer de pie, muy suavemente, tras la puerta del zaguán... ¡Qué coincidencia!

1

Llegada de Tomás

Todo sonido me interesa, produce en mí reacciones físicas sorprendentes. Creo que mi afición a escuchar es la herencia más preciada que me dejó mi abuela Escola (también es verdad que no me dejó otra). Mi abuela solía decirme que su gran afición era escucharlo todo, incluso lo que no debía.

Son las tres de la tarde, las calles de Mendica están desiertas, el pueblo entero está cansado de luchar contra el calor, la falta de agua, las moscas y el desaliento que produce saber que no eres más que un punto diminuto -colocado al azar por no se sabe quién- en un mapa viejo, gastado, deslucido y grasiento, a punto de ser arrugado definitivamente para que una mano anónima lo tire y encesta en una papelera cualquiera.

Me llamo Regla y pocas cosas más puedo decir que me identifiquen. Soy la mayor de tres hermanos pero eso tampoco dice nada de mí. Tengo el pelo negro, los ojos azules, la piel rojiza y las caderas anchas; me parezco bastante a la bandera de mi pueblo.

Vivo sola porque el padrecito Loyola me ha dejado y Cholo, mi perra, hace un mes que no duerme conmigo. Me pregunto por qué hoy, después de cincuenta años de digestiones perfectas, donde mis tripas -sin un reproche- han ido triturando y diluyendo cada instante de mi vida, un suceso sin importancia ha desencadenado este vómito constante que salpica, uno tras otro, los blancos papeles que hay sobre la mesa. No sé si podré enfrentarme a este olor nauseabundo de mi vida.

- Empecé a vivir muy joven. Un cinco de enero, al despertarme, vi a mi madre mirando por la ventana cómo nuestro viejo barrio desaparecía tragado por la fuerte lluvia. Tenía yo cuatro años y diecisiete días, así que le llegaba bajito a mi vieja, aquella recia santa que sonreía continuamente como si la mueca la tuviese marcada a fuego.... ¡Cuánto daño me hacía aquella curva alegre! Era un regalo inútil, un desafío a Dios que nos hacía concebir esperanzas a quienes la mirábamos. Era un engaño más, un tic-tac que ha ido envenenando cada segundo de mi vida.

-
- Madre, ¿por qué no te atreviste a hablarme claro?

Aún me parece escuchar tu dulce y engañosa voz contándome relatos y memorias que en nada se parecen al montón de momentos que yo he vivido.

A la edad de seis años -¿recuerdas, madre?- un día cualquiera, no sé por qué motivo lo elegiste, me despertaste muy temprano, me pusiste "bonita" -como tú decías- y una vez más me encontré depositada en un momento de mi vida, muda y ciega, sin poder gritar hasta diluirme: ¡Dejadme vivir!

Llegamos las primeras al colegio; tú te acercaste a Josefa la Maestra, orgullosa de llevarme agarrada de tu mano. Josefa me regaló con su mirada la cantidad exacta de afecto correspondiente a los quince pesos que ganaba al mes conmigo, ni un peso de más ni de menos. Se lo agradecí. A mí me pareció lo justo, tampoco yo le debía nada.

-¿Cómo te llamas?

-Regla

-Verás como te sientes feliz entre nosotras.

-¿Puedo irme ya a mi casa?

-Has venido para quedarte en el colegio

-Aún así, ¿puedo irme ya?

Esta fue la conversación más interesante que mantuve con aquella mujer, hermética y cerrada, incapaz de pronunciar su nombre en alto por temor a que el eco de "Josefa" la sepultase cubriéndola de reproches.

Me cuentan, ahora que soy mayor para disfrutarlo, que crecí alta y guapa ("engallada", como dicen ellos). Para mí que mi imagen no daba para tanto, pero bien es verdad que tuve varios pretendientes; en total fueron más de tres y menos de cinco.

El que más me gustaba era Julián. El más zalamero, Toño. El más lucido, Daniel ("Chocarro", como le llamaban sus íntimos) y el mejor de todos ellos, Pepillo; pero como pasa siempre, a mí éste era el que peor me caía.

Nunca olvidaré mi primer baile. El traje me lo enjaretó la abuela Escolá. ¡Cuánto quise y quiero yo a mi abuela! Era como un gran puente, recio y macizo, por el que circulábamos toda la familia con el ánimo cambiante: unas veces hacia la risa incomprensible y tonta, y otras hacia la desesperación aceptada y complaciente.

Diez días antes de aquella gran fiesta que se celebraba en la Corraliza de Daniel -el más lucido- me levanté temprano. Quería prepararle un soberbio desayuno a la abuela y explicarle lo más rápidamente posible que, aunque había sido invitada una y otra vez de manera insistente y lisonjera por Daniel -inventor y hacedor de semejante acontecimiento- yo no podría ir si alguien no me tejía un vestido.

A las siete en punto, como cada mañana, Escolá abrió la puerta de la cocina y se sentó a la mesa dispuesta para desayunar. Era una mujer hermosa, siempre vestida de blanco, con un pequeño gorro fruncido por una goma que le recogía la cabeza. Todos sus movimientos eran concisos y necesarios, no había nada de superfluo en su persona. Me miró con gesto interrogante... ¿Qué hacía yo allí? Era una pieza fuera de lugar, improvisada, confusa; había irrumpido en su desayuno sin avisar ni pedir permiso. ¿Qué quería? Me decidí a hablar, estaba quedándome fría:

-Abuela, Daniel me ha invitado al baile. No tengo traje. O me coses uno, o me quedaré sin ir.

Ya lo había dicho, pero pensé: ¡qué mal y qué deprisa! Noté como la habitación se quedaba sin aire, yo me quedaba sin aire, el mundo se desinflaba y, lo que era peor, mi vestido nunca se haría realidad.

Mi abuela me echó un repaso con su mirada cansada y burlona. Al fin dijo:

-Regla, eres demasiado alta. Lo compensas con tu redondez. Quizá las cortinas del salón, bien aprovechadas, puedan servir para adornarte.

No sabía cómo dar las gracias, me eché a llorar y salí corriendo. Quería comprobar si aquellas telas colgantes, que siempre me habían parecido innecesarias, podían favorecerme.

Después del baile empecé a salir con Daniel -el más lucido- y Julián, que era el que más me gustaba, se enganchó a mi amiga Sole. Mi vida empezaba a complicarse.

Todo el pueblo se había disfrazado de fiesta; las banderas colgaban de los balcones, los farolillos de papel, rojos, verdes, azules y violetas, colgaban del templete de la plaza. Los músicos vestían su traje "de cien cordones dorados", las mujeres se tapaban las cabezas con sombreros de plumas, y los hombres se habían despojado de sus viejas boinas y lucían pelaje y calva reluciente. En mi casa, mi abuela, mi madre, mis hermanas y yo, nos habíamos compuesto para el evento.

Era un gran día. Por fin íbamos a tener un "padrecito" para nosotros solos. Hasta ese momento compartíamos sacerdote con otros tres pueblos de los alrededores.

"¿Os imagináis? Desde hoy, un padrecito para nosotros solos". Este comentario circulaba como un eco desde la casa de tío Cosme, que era la última del pueblo, cerca ya del río, hasta la del tío Indalecio, en lo alto del Calvario, junto a la iglesia. La frase todavía retumba en mi cabeza. ¿Por qué no me abrí el pecho y me arranqué el corazón en ese instante? ¿Por qué no me fui al río y me tumbé a dormir sobre él, sin despertarme jamás?

Tomás llegó a Mendica rodeado por la Fe, la sumisión y el abandono de todos los "colgaos", como nos llamaban a los de mi pueblo. Las chocitas, el campo, los árboles, el río y hasta la iglesia con nuestro Señor dentro, se arrodillaron frente a él.

¡Tomás, padrecito para nosotros solos! ¡Tomás, hombre sólo para mí! Tardé en mirarte cara a cara dos meses y trece días. Hacía un día de sudor, todo mi cuerpo rezumaba agua. Yo andaba inquieta desde tu llegada, no quería acercarme a ti y me moría por respirarte cerca. Me arreglé con esmero, cuidé cada detalle desde la cabeza a los pies y elegí la mantilla blanca, que me favorecía sobre mi pelo negro.

29 de agosto de 1943 ... ¡Te tacho una y mil veces del calendario de mi vida!

La misa estaba a punto de terminar. Me acerqué a la sacristía para pedirte confesión. ¿Confesar qué? Sólo deseaba estar junto a ti, transmitirte mi soledad, fundirme contigo, sentir como tu sangre recorría mi cuerpo calentándolo y tensándolo hasta el grito final que, como un último suspiro, se escaparía de mi espíritu, traspasaría el mundo que conozco para clavarse en el centro de un Todo universal que intuyo.

TOMÁS: -Tu nombre es Regla, ¿verdad?

REGLA: -¿Quién se lo ha dicho, padrecito?

TOMÁS: -Cada una de las personas en Mendica conoce la vida y milagros de todo el pueblo, con cualquiera que hablara me conduciría a ti.

REGLA: -¿Y por qué le iba a conducir precisamente a mí?

Apenas pude pronunciar esas palabras. Desde aquel día, el padrecito y yo comenzamos a vernos con frecuencia. Al principio, una vez en semana, luego dos, después tres... ¡Qué lástima no haberme parado unos segundos en aquella precipitada y alocada carrera hacia mi destino! De verdad, no puedo explicar cómo pasó. Ni siquiera ahora, después de mil años, lo comprendo. En cambio, el sentimiento sigue vivo en mí, como en aquel instante, cuando tumbada junto a él, desnuda, empecé a sudar amor, se me rieron las entrañas y se me calentaron los huesos.

Tomás, ¿con qué derecho me tomaste? Tú tenías conocimientos, habías escrito y leído mucho. Te faltó voluntad para no herirme. Necesitabas lo que yo te ofrecía y lo cogiste. No viste mis ojos, que te estaban mirando. Cerraste los tuyos y te apoderaste de mí, toda entera. Aún hoy, después de tantos años, busco en mi interior y me siento vacía. Sólo hay una bola de saliva que no puedo escupir y, dentro de la bola, un ¡Cabrón! que el día que lo grite va a levantar de sus tumbas a los muertos.

Al poco tiempo de empezar a quererte llegó al pueblo María la Santera. Era una mujer grande, redonda y con unos ojos que parecían salirse de las órbitas. A mí me cayó

bien nada más verla, lo cual no presagiaba nada bueno. Nunca he tenido suerte con la gente que he querido. La culpa no era de ellos. Por el contrario, era mi amor lo que parecía atraer hacia ellos la desgracia.

Nada más conocerla, María se convirtió en mi mejor amiga. Me enseñó el lenguaje de las velas: las blancas significan espiritualidad, las rojas energía, con las velas de miel puedes hacer trabajos de amarre hacia otra persona, las negras sólo sirven para trabajos de desamarre y alejamiento... ¡Qué de cosas conocía! ¡Qué misterio encerraba aquella caja de madera, portadora de unas cartas con figuras apasionantes, vestidas con trajes de llamativos colores! Cuando María echaba las cartas, me parecía un momento tan sagrado y solemne como cuando Tomás decía misa. Yo les miraba a los dos con la misma fe y reverencia. A Tomás, mi amistad con María le parecía un sacrilegio. Decía que era comunicarse con el diablo.

Todos los años, por Santa Blanca, las vírgenes jóvenes bajábamos en procesión al río. Allí cantábamos, bailábamos, comíamos las tortas de guajolote que entre todas habíamos preparado. A media tarde, cuando el sol penetraba en nuestro cuerpo con deseos fecundos, corríamos al río y, a modo de bautismo, nos sumergíamos en él susurrando una oración: "Señor, despósame con un hombre de bien, que me respete y me dé hijos".

¡Que me respete y me dé hijos! El padrecito Loyola no me había respetado. Tampoco te había respetado a Ti, Creador y Patrón de todas las cosas. Por un instante deseé no resurgir del agua. ¿Qué podía yo pedir, si a mí ya me habían llenado las entrañas?

De vuelta al pueblo, Sole, a punto de casarse, con mañas dulces se acercó invitándome a contarle qué era lo que tan preocupada me tenía. Sólo acerté a decirle: "me da que mi hijo va a nacer con mucho pelo, siento ardores y mal sabor de boca al levantarme". Tuve que sujetar a mi amiga fuertemente para que el golpe no la destrozara; aún así, no se libró de unos cuantos cardenales en la cara y en los muslos. Nunca lo hubiese imaginado; al otro día todo el pueblo cantaba a voz en grito una copla que aún hoy aprieta y taladra mi cabeza:

"La Regla está preñada,
nadie sabe de quién,
ni ella siquiera,
es un árbol que sin crecer
se ha marchitado.
¡Pobre de aquel
que acercársele quisiera!"

La maldición de Mendica me cayó encima como una losa. Mi presencia hacía estremecerse al pueblo entero, incluso las casas se encogían cuando yo pasaba. La iglesia enmudeció de pronto, nunca más doblaron sus campanas. Aún hoy, después de tantos años, cuando entro para hablarle al Santo Cristo, un frío de sepulcro me recorre todo el cuerpo y Dios ladea la cabeza hacia el lado contrario de donde me arrodillo. Todavía no ha podido perdonarme que le robase a su hijo predilecto.

Tomás, mi hombre, el padre de mi hija, envejeció de pronto. La vergüenza y el dolor helaron su cordura y su razón.

Me sentí tan culpable de mi fertilidad, que habría muerto por salvarlos a todos. No sabiendo qué hacer, una vez más me encontré platicando con María Tiziana la Santera. ¡María, por favor, una consulta rápida!

María de sobra conocía lo que me pasaba. Por algo era la mejor de entre todas las videntes. Sin pronunciar sonido alguno, sólo mirándome de frente, cogió los naipes, los sacudió siete veces hacia abajo en honor a los siete planetas principales y, una vez limpios, me devolvió el paquete para que barajase y transmitiese mi energía.

El miedo se apoderó de mí al entregarle aquellas cartas, en ellas estaba escrito mi futuro. De mi acierto o torpeza en levantar aquella o ésta dependía mi vida.

María me indicó que hiciera tres montones y que le fuese entregando una a una, boca abajo, las cartas que mis manos eligieran.

La primera en asomarse fue la Muerte. Esta figura siempre habla de cambios;

también puede anunciar un nacimiento. Iba seguida del Carro de la Vida -mal empuje, pensé. Ya está aquí el Karma. El Karma no presagia nada bueno, es la culpa que vienes a saldar una y mil veces y casi nunca sale bien; hay que volver de nuevo. Con la tercera, empezó a mejorar mi vida un poco, la Estrella -seguida de la luz que el sol refleja- me daba un respiro. Cerré la echada con el Mago, una carta que me tenía fascinada. Significaba tantas cosas: el azar, la inteligencia, el esfuerzo, el amor, el intelecto... En ese instante era a Tomás a quien yo le cedía todas las buenas cualidades. Por eso no interpreté correctamente la lectura.

María ya me advirtió que esta vez era tanto lo que había en juego, que ella no intervendría, ni una palabra saldría de su boca. Era a mí a quien correspondía interpretar correctamente las figuras. Rápidamente supe lo que aquellas figuras y colores trataban de decirme: iba a tener un hijo. Cada suceso de mi vida había sido escrito por el Todo Poderoso cuando al principio se sentó pacientemente y, con sus cinco dedos de la mano izquierda, fue dibujando el mundo hasta el final. Tomás Loyola, el sacerdote a quien yo quería por encima de mí y de mi pueblo, al final asumía su papel de padre y se quedaba conmigo para siempre. Cuando expuse este razonamiento en alto, María dijo "No" con la cabeza. Ella opinaba que la interpretación no era correcta. Aunque le insistí con mis preguntas, no quiso aclararme nada más. Se marchó segura de que yo me había dicho lo que menos daño me hacía en ese instante. A los pocos días Tomás se fue del pueblo como un ladrón, por la noche y sin despedirse.

Nadie supo jamás que él era el padre de mi hija. Todo el pueblo se sintió culpable de su huida. Pensó que un santo tan austero no podía oficiar en semejante sitio, donde un niño iba a nacer de una mujer que no se había casado. Una vez más sentí que el mundo entero depositaba su carga a mis espaldas y me dejé llevar por aquel maldito Karma, que me castraba frente a la injusticia y hacía crecer mi cobardía.

Sé que algún día, harta de maldecir un destino que yo sola fabrico, gritaré "¡Basta Ya!" con tanto empuje, que el universo se parará estremecido y tú, Dios Padre, abrirás la puerta de la casa donde habitas y me dirás: "Ven, entra y escribe de nuevo la historia de tu vida".

2

Ezequiel

*Envuelto de luz como de un manto,
despliegas los cielos como una tienda;
edificas sobre las aguas tus moradas
superiores. Haces de las nubes tu carro,
avanzando sobre las alas del viento.
Tienes por mensajeros a los vientos,
y por ministros llamas de fuego.
Has establecido la tierra sobre
sus bases para que nunca después
vacilara*

Blanca se me ha criado entre cartas, enfumbes y las limpias de María Tiziana la Santera. Un once de diciembre vino al mundo traspasando el túnel de la vida.

Un mes antes la Santera llegó a casa con un hatillo de ropa para Blanca, llenándome de respeto y de sorpresa. Sobre la cuna, todavía sin huésped, depositó un pañuelo de seda rojo y negro, atado con tres nudos. Comenzó a deshacerlos uno a uno por la izquierda, entonando "Alaroyé". "Alaroyé" es el rezo para hablar con Elegguá. Elegguá, según María, era el Orisha o Santo velador de una niña aún no nacida.

Aquel cuadrado de colores ocultaba objetos, prendas y alimentos cuyo significado yo desconocía. Tabaco, maíz tostado, coco, manteca de corajo, velas rojas y blancas, dulces de todo tipo. La ropa me extrañó incluso más. Chaqueta roja, pantalón negro ceñido en la rodilla, un gorro rojo grande, como el que usaba mi madre en la cocina y, dentro de él, al fondo, un collar con cuentas de coral trenzado con otro de azabache. El rojo de la vida y el negro de la muerte se mezclaban.

Aquellos presentes de María presagiaban una vida carente de equilibrio. Indicaban, de forma terminante, que Blanca iba a nacer sin punto medio. Di saltos de alegría. ¡Por fin un ser cercano a mí tendría un transcurrir lleno de picos! ¡Qué emocionante pasar del llanto a la alegría, del odio al amor, del sueño a la vigilia, del silencio total al grito exagerado, de la vida a la muerte sin tregua ni descanso!

Soñaba yo con una vida en punta, harta de padecer la línea recta. Volví a la realidad conducida por la voz de María Tiziana la Santera, que insistía una y otra vez: "Blanca, Blanca, tu hija ha de llamarse Blanca, no lo olvides".

Era de madrugada cuando viniste al mundo. Gritabas al sol con tanta fuerza, urgiéndole a salir, que éste apareció de pronto tres horas antes del horario previsto. María, santiguándose, exclamó extasiada:

-Blanca, pequeña afortunada... ¡le has robado tres horas al saco de la vida!

Desde el primer instante, la Estrella de la Suerte conduce tu destino. ¡Qué distintos momentos los tuyos de los míos! Tú platicas con Dios de igual a igual, le indicas por dónde dibujar la línea del destino.

No hubo manera de separarnos la una de la otra hasta muchas horas después de haber nacido. Te echabas a llorar cada vez que intentaban cortar el cordón que nos unía. Yo percibía tu ternura y tu amor. Querías protegerme de tanta soledad. Sentí como mi cuerpo encontraba la paz y la armonía. Un río de lágrimas inundó la habitación. Al fin, María cortó la cinta que unía tu esencia a la mía. Ya estabas lista para tu propio desafío. Debías inventar cada momento de tu azar. Yo de inventos poco podía enseñarte. En el laboratorio de mi vida nunca encontraba la solución correcta. La cifra de la suerte jamás aparecía y, harta ya de buscar, concluía el problema con aquello que primero se me venía a la cabeza.

Los restos de sangre y de placenta se fueron con un baño de claveles, canela, miel y albahaca, herencia que te correspondía por ser la protegida de Elegguá.

María Tiziana revelaba, a quien quería oírla, que a cada ser le corresponde una flor o una hierba nacida solamente para él:

-A ti, Regla, te corresponden los jazmines. A mí los nardos, porque soy Santera y nací en mayo. A Blanca, los claveles y la albahaca (¡qué bien ha olido siempre la vida de mi hija!). Para Tomás las margaritas, flores de quita y pon, un pétalo que sí, otro que no, con ella nunca se sabe a qué carta quedarse (¡qué razón tenía, como siempre, la Santera! Jamás volví a tomar del campo ni una sola margarita para llevarme a casa. No me gusta su olor, me sabe a muerto).

A la edad de tres años, Blanca me llegaba bajito, como yo a mi madre en iguales circunstancias. Un buen día, sin mediar palabra alguna, se acercó solita a “La Palabra”, apodo que se inventó su padre para la biblioteca de mi pueblo. Era un lugar pequeño, acogedor, con pocos libros, todos interesantes. La fundó Tomás, el mejor sacerdote que tuvimos. ¡Lástima que no pudiera disfrutarla! Lástima que no pudiera disfrutarnos ni a su hija ni a mí. Lástima que se arrepintiera de quererme y no pudiera perdonarse nunca. ¡Qué extraña cosa son los sentimientos!

Soy mayor que Ezequiel, de diez a doce años, no puedo precisarlo, carezco de argumento. En Mendica nadie sabía con exactitud la fecha de su nacimiento. Un día Aldara, su madre, apareció en el pueblo como si se tratase de un milagro. Todos se preguntaban con recelo quién era y de dónde venía. Ella tampoco supo qué contestar. Sólo un recuerdo iluminaba su razón. Se remontaba cien años atrás.

Contaba Aldara, sentada al lado de la fuente, con Ezequiel en brazos, la historia de su vida:

Un día en Alahuete, su pueblo, lugar muy retirado al norte, cerquita de las nubes, aparecióse un rey, engalanado a lomos de un caballo con la crin dorada. Los habitantes de Alahuete le rodearon extasiados... ¡Jamás contemplarían tanta belleza junta! No sabían dónde acababa el rey y empezaba el jamelgo. Se parecía a las figuras de los Nacimientos. Aquella majestad con voz de trueno exclamó:

-¿Quién es Aldara? Que dé un paso hacia mí si está presente. Si no estuviera aquí, indicadme el lugar donde encontrarla. Es hora de marcharnos. Juntos debemos engendrar un hijo.

Nadie osaba interrumpir al rey. Le hubieran dejado hablar durante horas sin dar un paso atrás ni adelante. De nuevo se movieron los labios de aquel hombre:

-Yo soy Oggún, dueño del hierro. El nombre del caballo es Ochasí, tan

rápido y veloz como el viento y el rayo. He venido para llevarme a vuestra virgen. Ella me pertenece por ser hija de Orula, conocedor de pensamientos, palabras y hechos todavía no realizados por el hombre. Orula está cansado. Él tiene entre sus manos el corazón del mundo, un corazón que va perdiendo su frescura y cada día pesa más. La sangre apenas puede circular por sus veredas. Sólo el amor de Aldara conseguirá aflojar la mano de su padre. Si no me la entregáis para que venga conmigo de inmediato, Orula apretará sin compasión el núcleo universal que tiene entre sus dedos. Todos pereceremos de dolor. No alcanzaremos el perdón jamás. Se nos condena al Espacio Intermedio, donde la cara de Dios nunca se asoma.

Tras escuchar la triste profecía, Aldara dejó sobre la tierra un pollo que tenía cogido por las patas, se quitó el delantal, levantó la cabeza y se ofreció para calmar la tempestad de Orula.

Oggún, el rey del hierro, le engendró un hijo a Aldara, de nombre Ezequiel. Se lo ofrecieron a Orula para calmar su mal humor. Éste quiso tomar al niño con sus manos, más no podía; estaban ocupadas con nuestro corazón universal. Los esposos sintieron un miedo inconfesable. Quizá el Gran Señor, arrebatado por la furia, tirase lejos aquel maldito corazón, haciéndole saltar hecho pedazos. Su sangre habría salpicado el universo entero, como una maldición. Mas no sucedió así. El Padre Universal lloró con lágrimas de amor al contemplar la bola diminuta. Se llamaba Ezequiel. Sería por siempre la sonrisa de Dios, la garantía del perdón hasta la Eternidad.

Este relato, así contado, era difícil de creer. El pueblo no sabía a qué atenerse. Los "colgaos", como nos apodaban, estábamos confusos. Si la historia era cierta, menuda suerte contar con la pareja de ahora en adelante. Ellos serían los mensajeros del Señor.

Con bastante frecuencia la duda, como un ladrón, asaltaba el alma de cada cual. En ese instante nadie pensaba en Dios. ¿Por qué estas dos personas que el útero del pueblo no ha parido conviven con nosotros? La incertidumbre de una pregunta sin respuesta volaba

por el alma. La solución llegaba de la mano del niño, sujeto a los refajos de su madre: los ojos infantiles irradiaban amor, proyectaban imágenes tan bellas de ángeles jugando con nubes de colores que nuestros corazones se fundían con aquella mirada interminable. De nuevo la calma y la cordura volvían al pueblo de Mendica.

Era razonable que el pueblo decidiese encargarle a Ezequiel custodiar La Palabra. María fué la única que aceptó aquel relato con naturalidad. Decía que “el hombre de los cielos” me haría muy feliz. Yo nunca tomé en serio aquella letanía, hasta que en La Palabra comprendí, mirándote de frente, desnuda como estaba, que sólo tú podías derretir el hielo de mi cuerpo. Jamás volvería a sentir el cosquilleo que recorre las manos dormidas por el frío. Mi corazón dejaría de ser esa bola de nieve que los niños jugando se pasan de uno a otro hasta que algún pequeño, sin mala intención, únicamente por descuido, deja caer. En ese instante, la bola o corazón helado, al no sentirse protegida por el calor de las manos infantiles, asustada, se estrella contra el suelo.

Ezequiel guardaba y cuidaba La Palabra. Su vida transcurría entre historias escritas por los hombres. Él era el ángel vigilante y defensor de aquellas escrituras que hablaban de otros mundos y otras gentes.

Te vi por vez primera cargada de angustia y de dolor. Era verano. Me despertó el aire fresco del amanecer. Me di la vuelta para cubrir el cuerpo de mi hija con una sabanita para que el frío no la destemplase. No encontré a nadie en su jergón. Desesperada, busqué a Blanca; conocía la afición de la niña por esconderse en los sitios extraños. Una vez, después de varias horas, la encontré tras un saco de harina en una esquina del granero. Al ver mis ojos asustados se echó a reír y me abrazó con fuerza. Yo le correspondí con el mismo entusiasmo y no la regañé. Sabía muy bien cómo tratarme.

Cansada de buscar, sin darme cuenta salí a la calle desnuda como estaba. Gritaba ¡Blanca! una y otra vez, con tanta rabia, que el pueblo entero se encendió. Todos querían saber qué me pasaba. De pronto unas manos de luz se pusieron a lomos de mi espalda y me hicieron volar derecha a La Palabra.

Cubierta tan solo de rocío, me presenté ante ti por vez primera, Ezequiel. Tú tomaste mis manos. No podías hablar. Mirándome tratabas de decirme que estabas atento a mi llegada. Te quitaste el guardapolvo blanco que llevabas puesto y con él me cubriste. Te enganchaste suavemente a mi cintura; me llevaste al pie de una escalera. Encima del último peldaño, sentada, estaba Blanca con un libro en las manos. Nos miramos. Las dos sabíamos que aquello era un milagro.

Cuatro semanas antes de lo acontecido, Tiziana la Santera me echó las cartas ¡Qué bruja la María! Cada vez que lo pienso me dan escalofríos. ¿Quién le otorgaba el don de la clarividencia? Ella podía contar con mucha antelación momentos aún no vividos:

-Regla, no tengas prisa. Una tirada rápida te va a hacer mucho bien.

-María, debo irme. La niña se ha dormido. Estoy cansada de escuchar un futuro sin nada interesante. Desde hace años el Mago no se asoma para hablarme de cosas que me gustan. Mis echadas están cargadas de paciencia y razón. Siempre vienen a verme los mismos personajes, la Fuerza y la Papisa, dos cartas que me aburren.

Me levanté, cargué con Blanca, me dispuse a salir de aquella habitación pero una nube de luz y de calor se interpuso entre la puerta y yo. Sin poderme mover, sentí como la luz inundaba mi espíritu y mi ser, calentando mi amor una vez más. Me aligeró de peso. Poco a poco mis pies se fueron separando de la tierra. Me desplazaba de recuerdo en recuerdo tan nerviosa y veloz, que frené un poco para no chocar de golpe con algún meteorito de mi vida que me hiciera estallar y me descompusiera una vez más. Sabía lo que cuesta recomponer un cuerpo que se mutila en un millón de trozos. Era una experta. El puzzle de mi vida ya no me emocionaba, no tenía secretos, lo había deshecho y recompuesto tantas veces... ¡Cuánto he sufrido por no encontrar la ficha exacta para llenar el hueco! En más de una ocasión he estado a punto de dejar el juego, tirar todas las fichas y no esforzarme más por encontrar la solución correcta; tumbarme sobre el río, dejar que el agua borre y limpie los trazos que dibujan mi destino. Al final del viaje, estoy segura, el Santo Cristo de las Aguas, al que rezo desde mi nacimiento, me envolverá en un toallón, me abrazará con fuerza y dejará caer sobre mi cuerpo la letanía de los Santos, entera.

Volví a la realidad guiada por la voz de María Tiziana, que insistía para que me quedase:

-Regla, esta vez las cartas quieren hablar de amor.

No pude controlarme. Pensé en Tomás. María sonrió leyéndome por dentro.

-Regla, ¡por Dios! ¿es que no hay más hombres en la vida que el necio de Tomás?

No me gustó el comentario. ¿Cómo podía llamarle necio a un Santo?

-Regla, el padrecito fue un cobarde incapaz de confesar a Dios su amor por ti. Es un necio si piensa que Dios no se ha enterado de todo lo que hizo.

María tenía razón. El Padre Poderoso era el mejor de todos los videntes. Él leía en nuestros corazones aún antes de escribir nosotros. Tomás, conociendo tantas cosas, debía conocer también este argumento. Entonces, ¿por qué huyó? Por mucho que anduviese y se alejase, allí donde se detuviese a respirar siempre estaríamos con él su hija Blanca y yo. ¡Qué estéril tuvo que ser su sacrificio! Dice Emanuel, el Ángel, compañero del Orisha Elegguá, custodios de la vida de mi hija, que el sufrimiento no sirve para nada. Es una piedra que tira de nuestros corazones y no nos deja subir a dialogar con Dios de cosas simples.

María golpeó la mesa con las cartas. Dejé mis pensamientos. Volví a la realidad.

-Regla, me estoy cansando. Corta ya de una vez, presta mucha atención. Divide la baraja con la izquierda, como siempre. Esta tirada quiero leerla yo. Tú sólo escucha, piensa en algo que te haga muy feliz.

-María, ¿crees que esta vez vendrá la suerte? -pregunté de pronto sin saber por qué.

Un cosquilleo comenzaba a subirme por los pies, más tarde se asentaba en las entrañas, dividiendo mi cuerpo en dos mitades. Podía comprobar cómo cada mitad tenía un corazón con ritmo diferente. En nada se parecía el tic-tac pausado y racional del tronco superior con el compás apasionado y loco de la mitad inferior. Qué clara y qué sencilla se presentó la solución. El hombre encontraba el equilibrio mejor en la fracción que en la unidad. Sólo cabía un pero, que allá arriba en los cielos querían las dos mitades juntas, para que el Creador, una y mil veces, botase la pelota de tu vida, con coraje, hasta llegar a él. Un golpe magistral la empotraría en la diana de su corazón, fundiéndose en el centro de su cuerpo.

Por fin pude observar la cruz de la tirada formada por las cartas que yo le fui entregando: el Mago, la primera encima de la cruz, donde Jesús apoyó cabeza (el rumbo de mi vida iba a ser favorable). La Estrella de la suerte, en el centro, donde suponen que Cristo colocó su corazón. Abajo, donde los pies reposan, se asomaba la Luna, presagio de un buen cambio. En el brazo derecho de la cruz, el Mundo, carta que representa la unión del cielo con la tierra. En la mano zurda del Mesías, el Carro (significaba que Dios, personalmente, iba a ocuparse de mi vida). En este arcano, según dice María, muchos ven representado a Ezequiel, el Justo, que llegó al cielo arrebatado por Yahveh en su carro de fuego... ¡Vaya con la Santera! ¡Qué gran premonición!

Nos miramos. Una sonrisa, transformada al instante en una ruidosa carcajada, fluía de nosotras, atravesaba la Plaza mayor, seguía corriendo hasta la iglesia, para al final bañarse en las aguas heladas del río de la vida. Estábamos contentas después de una tirada tan bonita.

Ezequiel me cubrió en el granero. Nos vestimos de acuerdo al sacramento. Queríamos casarnos. Sólo un testigo podría dar fe de nuestra unión: Tiziana la Santera, capaz de predecir hechos futuros.

Los tres imaginamos aquella ceremonia. El rito comenzó con la soltada de dos palomas blancas, ungido previamente su plumaje con aceite de mirra y de jazmín, la flor que me correspondía por natura. Después de liberar a las palomas, Tiziana entrelazó con

gran sabiduría el rojo chillón de la amapola y el blanco perfume del azahar con el negro rabioso de mi pelo. Ezequiel aventó el heno. Era la mejor forma de ofrecer al Señor nuestra semilla.

Me arrodillé, faltaba el último detalle. María fue alisando la paja con sus manos, cubrió la superficie de forma cuidadosa -para no descolocar el lecho- con la sábana santa que tejieron las manos de mi abuela pensando en momento tan solemne. Mi marido -de tal forma consideraba yo a Ezequiel- me tomó de las manos y se fue acercando a mí muy lentamente. Primero me dibujó una cruz entre los ojos, otra en los labios, una tercera donde late el cuerpo. Un rayo luminoso me cegó por completo. Sólo sentí la savia de Ezequiel recorrerme la sangre. Aquel instante se ha vuelto interminable. Lo he incorporado al entramado de mi ser. Me ha devuelto la gracia del Señor llenándome de amor, me ha hecho sentir que yo también soy Dios a escala un poco más pequeña.

3

Mendica

*Él perdona todas tus faltas
y sana todas tus dolencias;
Él rescata tu vida del sepulcro
y te corona de piedad y de misericordia;
Él sacia de bienes tus deseos,
renueva tu juventud como la del
águila.*

Después de nuestro matrimonio, Ezequiel y su madre viniéronse a vivir conmigo y con mi hija. “La casa de los Obañé”, así la conocían en el pueblo. Era la herencia de mi abuela guardada para mí desde que vine al mundo.

Al terminar la fiesta de mis recién cumplidos quince, mi abuela me invitó para charlar en la cocina, lugar sagrado. Presentía que algo hermoso iba a entregarme. Mantenía su presente entre las manos: una brazada de papeles con lazo azul de seda. Deshice el nudo muy despacio. Sentí las vibraciones de mi abuela, su miedo y su soledad. Me estaba traspasando las Santas Escrituras de su vida. La techumbre que nos cubría del frío y del calor significaba el mundo protector del alma de mi vieja. Besé su frente con amor. Unimos nuestras manos.

Sin previo aviso, la magia comenzó. Embelesadas, cubiertas por el frío de la muerte, observamos el desarrollo de aquel acontecer. Aquellos manuscritos, celosamente guardados, volvían a la vida, besados por la boca de nadie. Los signos, estructura y sostén de las ideas, abandonaban con prisa el lecho de papel, dejando el pergamino virgen. Letras, palabras, conceptos, giraban dando mil vueltas a la vez. ¡Qué gran dificultad cambiar de textura! Al fin lo consiguieron. El milagro brotó, aquel puñado de caligrafía comenzaba a latir. La historia de la calabaza transformada en carroza, gracias a la dulce caricia del hada prodigiosa, se hacía realidad en nuestra presencia. Los trazos firmes, escritos con sabiduría, se relajaban y descomponían para nacer de forma distinta y sorprendente. El nuevo fruto era fácilmente reconocible. Una docena de parientes surgieron de aquellos pasivos documentos, justo delante de nosotras. Estaban ansiosos por volar. ¡Qué admirable momento! Poder mirar de frente a tus difuntos. Nuestros antepasados me recordaban las nubes dulces con que te obsequian por San Ciprián, un palo con algodón de azúcar; apenas rozarlo con los labios, éste se funde con tu boca.

-¿Adónde se dirigen? -pregunté.

No comprendía por qué no se paraban para charlar un rato. La risa de mi abuela se puso en marcha; comenzó débilmente y creció de inmediato, más y más, como un nudo de frijoles que se te queda en la garganta con ganas de asfixiarte. Sus ojos parecían a punto de estallar. ¡Maldita carcajada! Empezaba a inquietarme. Con desespero abracé su armazón para entrarla en cordura. Sentí el anhelo del alma por partir. ¡Qué hermoso razonar de nuevo con los suyos!

Escupí mi plegaria cargada de deseo, debía romper el maleficio. Me puse de puntillas y le hablé al oído:

-No te vayas, abuela, por favor. Ellos son libres, no te necesitan, apenas si te reconocen. Tú eres el pan de vida que me nutre. Quiero fundir el hielo de mi interior con el calor que me prestas.

Besé su frente una vez más con rabia y con dolor. Su cuerpo se aflojó, parecía

rendirse a la evidencia. Comenzó a deslizarse suavemente hasta quedar tumbada, dormida sobre el suelo. Volvió del éxtasis con naturalidad. No recordaba nada, sólo la paz reinaba en su interior. Bienvenida al reino de los vivos.

Comenzó a dialogar:

-Regla, acércate la silla y ponte junto a mí.

Me senté sobre el banquillo, cubierto con paño de colores bordado por sus manos. Apoyé mi cabeza en su regazo mientras sus dedos jugaban con mi pelo negro. En estos menesteres mi abuela soltaba siempre su exabrupto:

- ¡Demonios, Regla, a ver si te decides de una vez poniendo en marcha tu interior! Ya son quince los años que acabas de cumplir. Tienes callada la música del alma; estás como si no, pareces sorda, muda y ciega. Me da miedo la gente que tiene tu carácter; siempre andáis esperando el empujón que os ponga en marcha. Después, cuando el milagro se realiza, la andadura la hacéis por un sendero equivocado. ¡Demonios! ¡Como te coja en un renuncio no sé lo que te hago!

Le rogué que callase. No quería escuchar la profecía. Sólo acerté a decirle:

-Abuela, gracias por todo. Regálame esta noche Pattakí (Pattakí son relatos que la anciana contaba momentos antes de dormirme). Por favor, háblame de nuestros familiares muertos, revélame el secreto que encierra la casa que acabas de entregarme.

-Regla, mi niña, vamos allá. Aviva el fuego. Tenemos para un rato. Voy a contarte la vida y los milagros de Matías, abuelo de mi padre, fundador del pueblo de Mendica.

Conservo fresco este relato en mi memoria. Lo cuento sin añadir una sola palabra, tal como lo escuché. Aún hoy, al escribirlo, siento el dulce calor de la voz de mi abuela contándome el Pattakí de un pueblo:

Amparado por el roble viejo, sostén de cuatro patas, consentidor de mimos y apareos, testigo mudo y ciego de tantas componendas e impotencias, el llanto de Matías Obañé rasgó el amanecer un quince de diciembre, humedecido por el rojo amasijo que forma todo alumbramiento. El eco de su voz sobresaltó al Valle de Osocongo. Aquel quejido intenso despertó a Ochosí de su agonía. Ochosí, "el Gran Conversador", era el Orisha o Señor del territorio. Él dialogaba con hombres y animales. Era el patrón que administraba la justicia, dándole a cada cual su merecido.

Matías fue distinguido desde niño para velar y aconsejar a los difuntos mientras éstos repasaban el álbum de su vida, sin decidirse a romper las fotos por temor a encontrarse con la nada. Minucioso en los detalles -con el fin de contentarles- cambiaba sus flores y su arroz tres veces en semana. Limpiaba con agua jabonosa el cemento que les amparaba de los cuatro elementos hasta dejarlo reluciente como la superficie del altar. Era importante guardar las apariencias. Historias legendarias hablaban de seres "impolutos" que se compadecían de los "reposantos" cercados por el orden responsable. Hablaba con las almas de una en una. Pactaba la corrección de sus defectos con precisión. Sentíase feliz cada vez que un "transitorio" traspasaba el umbral para encontrar la luz.

Una fecha cualquiera del calendario de Ochosí, éste se levantó abatido. Llevaba siglos sin dormir, ordenando el equilibrio del lugar. Controlaba el sol, la luna, los planetas, fijaba el clima favorable. Cientos de miles de animales crecían protegidos en el amor de su Señor. Por un instante se sintió confuso. Deseó que el rayo destructor convirtiese la tierra en un desierto. Descansaría hasta la Eternidad. Pidió perdón a su interior. Era una idea equivocada.

Un portador de luz, sentado como Buda en la espesura, cantó la bruja melodía. Sus notas hechizadas alcanzaron los cielos, entonando la Providencia. ¿Quizá Matías Obañé podría sucederle en su trabajo? ¿Tal vez su juventud fuese perfecta para cuidar el círculo de vida que sus manos cansadas estaban a punto de apretar? Presagió su descanso. Al instante hizo sonar la estrella más cercana.

Obañé se dio por enterado. Era conocedor de su misión. Años atrás, con el espíritu indeciso, dudando entre escoger o no estructura mortal, se puso de charla con el Todo. Echaron una baza con las cartas marcadas a favor del Creador. La muesca no encerraba maldad. Era la travesura del Patriarca desafiando a la costumbre. Jugaron la partida. Perdió la apuesta. Matías debería despertar la conciencia del eterno descanso para emprender los derroteros de la muerte. Construir, arrasar, levantarse, caer, recibir, entregar. Dolor y Placer, todo a la vez. Exigencia pactada en otra dimensión. ¡Qué osada es el alma en libertad! Concibe empresas pesadas de cumplir. El espíritu concreta su indolencia encerrándose en la firme armadura de los huesos.

Matías se interpuso a la tristeza de Ochosí. Incluyó medio cuerpo, como saluda el discípulo al maestro y esperó.

-Matías Obañé, "el Protegido", elegido por Mí aún antes de nacer: te entrego el círculo que nos rodea. Habrás de amarlo y defenderlo. Está lleno de vida sin tacha ni pecado. Protegerás por igual al hombre, los animales y la naturaleza. Establecerás las leyes que han de regir la paz y la armonía. Tuyo será el error si la norma se incumple. Tu vida no saldaría semejante maldad. Vigilarás la caza. Ha de ser justa. El hombre con su inteligencia habrá de medirse con la astucia y presteza del animal. Las fuerzas deberán equipararse cuando los dos se enfrenten, defendiendo la supervivencia. Tú serás quien decida si la lucha fue justa. Premiarás al triunfador con su presa vencida, si tuvo honestidad en la contienda. Si así no fuese, tendrás que arrebatarle la vida castigando su ultraje. Es una imperfección usar al débil. El dardo reluciente con punta de rubí ensartará la frente del culpable, guiado por tu mano. La acción habrás de ejecutarla mirando con nobleza al condenado. Extenderás el arco sin piedad clavando el perdón en su interior.

Pasaron muchos años de aquellos juramentos. Matías, aún consciente de tener que cumplir con lo pactado, aceptaba el fracaso. Sabía que, llegado el momento, no podría actuar. Estaba prisionero de su amor.

Aquel ser, por demás honesto y justo, amaba a Cira con pasión, como si de su hija se tratase. Cada día, cuando la luna abandonaba el lecho cediéndoselo al sol en su descanso, Matías andaba vigilante recorriendo el Valle de Osocongo. Una tarde, el llanto lacerante de un nacido hirió su corazón. La inocente yacía entre los juncos sembrados en el río, cubierta todavía por el flujo del parto. La bautizó con el dulce líquido de la corriente, llamándola Cira desde aquel instante.

Crecía la niña al amparo del consentimiento que proporciona todo amor incontrolado. Poseía un rostro de trazos magistrales. Su esbelto cuerpo, redondeado por las curvas precisas, evocaba el de Venus.

No merecía idéntica alabanza su conducta. Era soberbia, colérica, voluble. Le gustaba ver sufrir al inferior. Matías disculpaba sus defectos, argumentando que eran caprichos propios de la edad. Tenía trece años. Jamás su cuerpo fue besado por los labios veraces de su madre. Se criaba sola, retraída, nadie se avenía para jugar con ella. Cira notaba el rechazo de los demás y optó por rodearse de animales. Hablaba con ellos como si de personas se tratase. Su tono era tan hosco y tan hostil que, al poco de iniciar la charla, el animal -daba igual la especie- abandonaba la conversación para enfrascarse en otros menesteres.

Su odio crecía parejo a su hermosura. No comprendía la repulsa de sus semejantes ni la indiferencia de las otras especies. Tan sólo un gato blanco plagado de lunares rojos le ofreció su amistad. La entrega pintoresca del animal estimulaba su vanidad. Matías estaba satisfecho viendo a Cira feliz.

Un par de meses duró la insólita pareja. Un día, el gato con piel de sarampión echó a correr, harto de no escuchar más que sandeces. Matías Obañé creyó morir de pena al contemplar el alma de la niña enferma de un dolor rabioso. La descubrió tirada al pie de un limonero, roja, sin poder respirar, la garganta de Cira no emitía sonido alguno. Le palmeó la espalda fuertemente para abrirle la trampilla de la glotis. Eso le permitió a la niña contar lo sucedido. Llevaba horas buscando a Sarampión, el amigo felino, mas éste

no quería acudir a su demanda. Se había prometido que, cuando le encontrase, si no recibía una excusa a su abandono capaz de complacerla, le mataría a traición para vengarse.

Aquel sujeto, forzado a la paternidad por un capricho del azar, comenzó a sudar sangre. Si Cira cumplía su relato tendría que partir en dos su frente. El dardo reluciente, con punta de rubí, acabaría con sus pensamientos. Suplicó y suplicó: “¡Ochosí, aleja al animal, que no regrese nunca!” Sabía que, de cumplirse la voluntad de aquella criatura, él no podría darle muerte por mucho que después se arrepintiese.

Al tercer día, Sarampión apareció por propia voluntad, quería hacer las paces. Al fin y al cabo él era afortunado. Ser elegido por un humano para escuchar sus confidencias, por más estúpidas que fuesen, era para vanagloriarse.

Se acercó con sigilo hasta la cama donde la niña dormitaba y alargó confiado su pata delantera para rozarle la cara con suavidad. Estaba convencido de su buena acogida. Los párpados del pequeño diablo se abrieron poco a poco con astucia y maldad. Deseaba que el macho confiase para actuar con más desenvoltura. Fingió sorpresa y gratitud por la visión. Sujetó fuertemente la cabeza peluda. Los dedos de la zurda se deslizaron por el lomo, dando comienzo a las caricias, primero a favor de piel. El roce comenzaba en la nuca y terminaba de hundirse donde el apéndice termina. Esto gustaba mucho al bicho. Acto seguido el placer invirtió su trayectoria. El mimo se iniciaba de atrás hacia delante. Aquel contacto erizaba la piel del indefenso. El minino comenzó a impacientarse. Los labios fríos de la pequeña loca dejaron entrever una mueca feroz. Sin darle tiempo de reacción, sus manos apretaron con rapidez el cuello del peluche. El revoltijo de carne y corazón se debatía como una marioneta, intentando soltarse. El drama duró treinta segundos, como las treinta monedas que pagaron a Judas por vender a Jesús.

Aquella muerte inútil no sería saldada por la espada de Dios. El encargado de administrar sosiego, el infeliz verdugo, no podía actuar. No obstante, puso la flecha en su lugar, tensó el arco y apoyó la punta de rubí sobre la frente de su hija adoptiva, que le

miraba exigiendo cumplierse su destino. Cerró los ojos. Cayó sobre la tierra el arco, partiéndose la piedra roja en dos. Le torturaba el peso de la culpa. Huyese donde huyese, el alma de su hija demandaría la paz y el equilibrio.

Ochosí fue comprensivo con su dolor, dejándole partir. Conocía que, por mucho camino que anduviese, transitaría por el tiempo sin encontrar cobijo. Sus pies seguirían clavados para siempre al pie de aquel suceso.

Mi antepasado pensó, como primera solución, en el suicidio. Trepó hasta alcanzar la cima de la Parca. La piedra negra, con muchos pies de altura, guardaba una esmeralda en su interior. Era la sangre de Satán que por las noches comenzaba a latir. Sentado en lo alto de la cima, con los pies colgando en el vacío, movidos por el compás que el péndulo del tiempo les marcaba, se quedó absorto contemplando la grandeza del mar. Perdida la mirada no se sabe dónde, extendió los brazos dispuesto a zambullirse en las profundas aguas, mas el milagro no solicitado se cumplió: una pequeña barca, guiada por las extremidades cansadas de un anciano, avanzaba queriéndose acercar hasta la falda de la roca.

Matías no precisaba de testigos para el viaje a punto de emprender. Se dispuso a esperar unos minutos, la distancia que el navegante tenía que remar hasta alejarse era relativamente corta. La muerte, al igual que el amor, debía consumarse en la intimidad. Comenzó a pasear recorriendo el trazado de la circunferencia. La inquietud y opresión que en el pecho sentía acabarían poniéndole de mal humor.

Decidió arrojarse al mar de cualquier forma, dispuesto como estaba a suicidarse. Pero, ¿y si en el momento preciso de la bajada la barca interceptaba su trayecto?, ¿qué pasaría si en vez de encontrarse con el mar partiese en dos la embarcación? El viejo saltaría por el aire hasta alcanzar con su pirueta el infinito, como el pelele de trapo relleno de serrín cuando se le golpeaba por carnaval. Siguió pensando sin saber qué hacer, no deseaba certificar más muerte que la suya. Estaba dispuesto a fallecer, pero ¿qué pasaría si así no sucediera y sólo se encontrase con los huesos partidos? Las consecuencias serían muy distintas. Tenía planeados todos los detalles. Firmaría la carta

de su vida con esmero y limpieza. Nunca, desde su nacimiento, había molestado a nadie. Era incorrecto importunar a la persona que surcaba las aguas a lomos de aquella caja de madera.

Hizo un tercer intento. No pudo consumir su inmólación. El marinero y su envoltorio, anclados en la mojada superficie, no podían moverse. Pegados estaban como un cromó en el centro de la macabra viñeta.

Cansado de buscar un sitio donde vivir, Matías Obañé encontró Palo Monte. Aquel rincón del universo se le ofrecía como un Edén para reconciliarse con su torpeza.

Entró en el río. El líquido acarició sus pies llagados. La charla que el agua mantenía con la naturaleza colmó de paz el alma de mi bisabuelo. Sintió como los brazos del torrente rodeaban su cuerpo con infinito amor.

Atravesó la aldea de norte a sur. Contempló la lucha desigual de las especies. El león mataba por placer al ratón indefenso, el ciervo rasgaba con su cornamenta el vientre del águila imperial. El sol quemaba los brotes verdes apenas recién nacidos. Aquella realidad le confundía. ¿Por qué no se cumplía la regla de Ochosí? El fuerte destruía al desvalido, por vanidad. ¿Por qué no se cumplía el mandamiento? La ley de Dios debería medir a todos por igual.

Se tendió boca a bajo. Notó como la superficie arenosa se acoplaba a su cuerpo con deseos de entrega. Sintió temblar los labios de la Tierra al notar su contacto, eran tiernos como la fruta que desparrama el jugo apenas los dientes la traspasan. Matías fue acercando su boca de pergamino y bebió de aquel pecho gigante. La piel se humedeció. Comenzó a sacudirse las flaquezas. Dolor, desesperanza, culpa, locura, prendas que para nada le servían. Desnudo, cedió al amor. Seducido recobró la palabra tantos años perdida. Con cuidado, para no despertarla, narró a su compañera -la Tierra- el sacrificio inútil de su vida:

-Padre, perdóname, no supe administrar la ley. Incliné la balanza sobre

aquel que por malicia dio muerte al inseguro. Mas fue por amor, Señor. La pasión cegó mi entendimiento. Llevo muchos inviernos vagando sin saber dónde ir. Donde quiera que voy, los ojos indefensos del mártir caminan dos pasos por delante de mí, reclamando justicia. Detrás, a mis espaldas, se arrastra la brevedad culpable del ser querido. Espera descargar su doliente joroba y emprender la subida. Mi vida no paga mi pecado, más nada mejor puedo ofrecerte. Permite que te mire cara a cara. Yo no soy digno, más cúbreme con tu piedad y admíteme en el reino de los justos. ¿Qué más me queda por cumplir aquí en la tierra?

-Apúrate, Matías -dijo el Señor-. Yo te perdono, mucho te queda por hacer.

El cielo abrió su vientre, descargó la palabra divina y el perdón purificó la conciencia de mi antecesor.

Con el espíritu libre de pecado se quedó dormido. Al despertar no recordaba cuánto tiempo había soñado, mecido por las aguas. Miró el lugar con calma, sintióse bien después de muchos años. De pronto escuchó la pregunta formulada por la voz celestial:

-¿Eres tú, Matías Obañé?

-Yo soy, Maestro.

-Tu fe te ha devuelto la Gracia. Ofrece al Padre cada segundo de tu vida. Que la ley del Todo Poderoso te vista para siempre. Compañera te doy, has de servirla con amor.

Sentada junto a él, desnuda, cubierta tan solo por la seda negra de su pelo, se hallaba la Mujer.

Obañé se palpó el costillar. Receloso, contó todas las piezas, temiendo que una le faltase. Justo la última costilla del lado izquierdo no estaba en su lugar. Sonriendo, tomó la mano de aquel ser formado con parte de su osamenta y la introdujo en el costado.

-¿Cómo te llamas? -preguntó el hombre.

-Aché -le respondió la mujer-. Soy la misericordia, esperanza y virtud que viene para rendirse a ti.

Juntas sus manos, las escondieron entre la tierra multiplicándola y, una vez parida, le dieron el nombre de Mendica. El pueblo donde tú has nacido, Regla.

Mi abuela, fatigada, abandonó el sillón. Me besó en la cabeza, como solía hacer. Se colocó el blanco delantal y dirigió sus pasos en busca de descanso. El Pattakí había sido largo.

4

BLANCA

*No escondas de mí tu rostro
en el día de la angustia; inclina
tus oídos a mí; cuando te invoco,
apresúrate a oírme.*

*Pues se desvanecen como humo
mis días y se tuestan mis huesos
como en horno.*

*Marchitado como hierba, se
deseca mi corazón, pues me
olvido de comer mi pan.*

El licenciado Domínguez tenía edad compleja. Sesenta años habían descarnado su enjuto cuerpo. Sus ojos desteñidos de rojo miraban de soslayo, por vergüenza a mostrar un lagrimal rijoso del que pendía una estalactita de baba amarillenta. De estatura mediana, los brazos le colgaban hasta las canillas. Las manos parecían raíces de olivo calcinadas. Los labios, finos y apretados como una puñalada, apenas se movían temiendo que sus rezos se escapasen. Parecía enfrascado en una confesión que no acababa nunca. De movimiento torpe, era difícil adivinar si caminaba hacia ti o se alejaba. Cubría la pelusa blanca de su cráneo con un calcetín de lana verde. Vestía de negro y amarillo. Malas lenguas culpaban a la luna de haberle deslucido las hechuras hasta dejarle la piel de alivio luto. ¡Era un pigmeo servidor de lo oscuro!

Sin razón explicable, aquel tipejo despreciado por todos, a Blanca, mi pequeña, le atraía como el príncipe de la leyenda, que pierde su disfraz de rana a través del amor de la doncella.

Tenía Blanca cinco años. Era la más bonita. Había heredado los ojos verdes de su padre y el pelo mío de carbón rabioso. Alta y flexible como las ramas del abedul, parecía volar cuando se desplazaba. No posaba sus pies sobre la tierra. Caminaba de puntas para no despertar los malos pensamientos. Cuidaba mucho su persona. Era coqueta y puntillosa al componerse. Le gustaba la naturaleza. El sol, la lluvia, el frío y el calor, igual le daba. Ni un solo día olvidaba la subida al Calvario para correr alocada entre los árboles. Se había construido una cabaña donde el río comienza a fluir como un hilo de seda.

Se levantaba cuando Pico entonaba su cantata. El gallo, de pico grueso y espolones largos, tenía su edad. Nacieron el mismo día y nos dejaron huecas a las dos hembras. Formaban una pareja muy curiosa. Pico era de pluma larga y negra como nosotras. Su cresta granate terminaba en cinco puntas, como la estrella de Salomón. El tono de su voz era rasgado, de tenor borracho. Tenía la garganta afónica de tantos kikiriquíes lanzados, certificando nuestras miserias y grandezas. Cantor de momentos difíciles, era el garante de nuestra vida. Gallo y mujer ya no servíamos para engendrar. Cuando se decidía a ponerse

frente al comedero sólo aprehendía un grano o dos de trigo, era sobrio en la dieta. Eso lo mantenía tan esbelto y dispuesto. Acompañaba a Blanca allá donde la niña fuese. Daba su aprobación, o no, a los amigos de mi hija. Podía ser cruel o encantador, dependía de cómo le cayeses.

Años atrás había sucedido un hecho difícil de olvidar. Estaba Blanca jugando con Sauco, hijo de mi amiga Elvira, intercambiándose juguetes, cuando Pico -siempre atento a cualquier situación, por si se viera obligado a intervenir en favor de su dueña- no comprendió un forcejeo entre los pequeños. El mocoso intentaba quitarle a Blanca una pelota roja de las manos. Al gallo la sangre se le subió hasta la corona. Sin pararse a pensar, saltó sobre el enano rubio y le clavó sus espolones en los ojos azules, transparentes como el agua marina. Lágrimas de sangre brotaban sin parar. Urgentemente llevaron al chiquillo para que Serafín, el médico, curase sus heridas. Los ojos de Sauco cicatrizaron pronto, mas el derecho jamás volvió a tener la pupila centrada. Sus padres abandonaron el pueblo con sensatez. Temían retorcerle el cuello al monstruo apenas lo descubrieran. Tenía mala fe aquel bastardo gallo.

Pico se desperezaba al alba. Acto seguido hacía sonar su campanilla para que Blanca despertase. Los dos se duchaban a la vez. Después desayunaban, cada uno en su cuenco, leche con tortas de maíz.

Acompañaba a la muchacha en su paseo. Escuchaba, tumbado en La Palabra, la lección que Ezequiel le impartía a diario. Mi hija nunca fue al colegio. Me negué a que sufriera mi experiencia, así que Ezequiel ofreció enseñarle todo lo que ella estuviera dispuesta a aprender.

Muy entrada la tarde, cuando el pueblo encendía sus farolillos, Blanca agarraba las dos lecheras de aluminio y se acercaba hasta el corral para ordeñar a Lidia y Paula, dos ovejas que compramos por la feria. Con Pico pegado a sus espaldas llegaba al "Campo Santo". Justo detrás, pegada al cementerio, se encontraba la corraliza, propiedad de la familia. Primero ordeñaba las ovejas, observada atentamente por el ave. Después, con las cántaras a rebosar, olvidaba sus quehaceres y el juego comenzaba. Le gustaba deslizarse por la paja. Saltaba, se rebozaba en ella y al final se escondía en su entresijo, esperando ser

rescatada por Pico.

A veces el juego se prolongaba, Pico no daba con su persona. Entonces el animal, temiendo por su vida, venía en mi busca.

-¡Blanca! -la reprendía yo-, ¡sal de una vez, vas a asfixiarte!

Yo adivinaba, por sus risas, el montón de heno que le servía de escondite. Juntos los tres, volvíamos a casa.

Después de cenar, sentadas sobre la piedra caliente de la cocina, mi hija me detallaba los matices del día que se iba. Ezequiel nos contemplaba desde la mecedora, divertido con nuestros cuchicheos. Ezequiel había aceptado a mi hija como si fuera suya. Sabía que yo no engendraría nunca más, el parto me dejó mujer a medias. Perdí mucha sangre con el nacimiento. Tiziana la Santera hizo más de lo que sabía. No pudiendo contener la hemorragia, tuvo que cortar por lo sano abriéndome la tripa en cruz. Sacó la hembra que mi vientre albergaba y me dejó lista para amar de oídas.

Vivía en comunión con mi hija, por eso noté su alejamiento apenas sucedió.

Estaba a punto de iniciarse el carnaval anunciando la Pasión de Cristo y esa noche Blanca se recogió mucho antes de lo acostumbrado. Estaba roja de excitación, parecía avergonzada de sus sentimientos. Daba la sensación de haber encontrado algo muy valioso que no debía retener. Yo traté de iniciar nuestra charla acostumbrada.

-Hija, ¿qué has hecho hoy?

-Nada -respondió la niña.

-¿Cómo que nada, si te has pasado el día andando por la calle? ¡Al menos habrás hablado con alguien!

Rebotó como cogida en un renuncio.

-Madre, he estado por el campo. Pico tenía ganas de paseo.

Pico nos miraba sin emitir sonido alguno. No quería delatar a su gemela; tampoco deseaba quedar por embustero, así que optó por irse. Debió de pensar que también a mí me debía un poco de lealtad.

Nos fuimos al dormitorio. Le cepillé el pelo como tenía por costumbre, tejiéndole una trenza para que no le molestase durante el sueño. Mi pequeña decía que si yo no domaba su cabello antes de meterse en la cama, éste se comportaba como un demonio, introduciéndose por su nariz para hacerle cosquillas, despertándola una y otra vez. Besé su frente, gesto que aprendí de mi abuela y de mi madre. Coloqué el embozo de su sábana, que olía a sal y primavera. Rezamos juntas Alaroyé, necesitábamos hablar con Elegguá.

Al día siguiente mi hija se marchó de casa mucho antes que Pico la llamase. No pudiendo cumplir con su trabajo, el gallo quedó desconcertado. ¿Tendría el reloj averiado, con la hora cambiante? Consultó su cerebro, debía corregir el error y poner la hora exacta. Viendo que la máquina funcionaba correctamente, se quedó más extrañado aún: ¿por qué su protegida se habría levantado antes de que él sonase? Algo sin concretar le producía inquietud. Visitó otros corrales. Necesitaba comprobar una vez más si marcaba el horario correcto. El fallo no era suyo. Todos los compañeros entonaban su misma señal horaria. ¿Qué extraño despropósito alteraba la vida de su pupila hasta el extremo de prescindir de él? Decidió no volver a dormir hasta conocer qué estaba sucediendo.

Volvió a casa. Blanca estaba desayunando. Pasó sin saludarla. Voló por encima de su sesera, hasta posar, al fin, las patas sobre la mesa. De pronto metió el pico en el tazón de su hermana y se comió la torta de maíz hinchada por la leche.

La niña no entendía aquel comportamiento. ¿Por qué se comía un desayuno que no era suyo, dejando su cuenco sin probar? No le dio al hecho demasiada importancia. Le apetecía más pensar en otras cosas. Apartó al ave suavemente y se tomó los restos de alimento que él había dejado.

Ese día tardó más de lo acostumbrado en arreglarse. Escogió el lazo de las trenzas a juego con sus calcetines. Eso empezaba a salirse de lo normal, pensaba Regla. Su madre comenzaba a estar muy preocupada. Notaba el espíritu de Blanca en desazón. Hablaría con "la Santera" sin perder un instante. Necesitaba que le tirara un corte.

No hizo falta salir en busca de María Tiziana -por algo era vidente. Cruzaba ya el arco de la fuente con destino a su casa. Llegó quejosa con la suerte, le parecía cruel tener que pasar por ciertos trámites. Entró derecha a la cocina, cerró la contraventana, nadie debía escuchar sus confidencias. Sacó de un cesto azul un mantel negro con rayas blancas que extendió sobre la mesa redonda, con cuidado. Metió la mano, una vez más, en el mimbre color cielo, para extraer la caja de madera que contenía la sabiduría.

-Regla, siéntate a mi derecha, vamos a ver qué pasa con el porvenir de tu niña. Alguien va a interponerse en su camino.

Me senté con las piernas temblando, no acertaba a emitir sonido alguno. Al fin le pregunté con gran esfuerzo:

-María, ¿qué pasa con mi hija?, ¿quién la está haciendo cambiar? La siento recelosa a contarme su verdad y no es capaz de decirme una mentira, así que entre nosotras sólo hay silencio.

María miraba concentrada aquellos arquetipos de colores. Escuchaba la voz de los arcanos mayores, desvelando la suerte de la doncella.

-Cálmate, Regla, si no estamos en paz, no podremos prestarle ayuda. La torpeza de un ser sin terminar de hacerse le arrancará el corazón sin su permiso.

-¡María, explícate mejor, por Dios! ¡No entiendo nada!

-Regla, mueve las cartas y corta como sabes, a ver de qué manera podemos ayudarla.

Vi la muerte en los ojos de María Tiziana mientras se disponía a echar las cartas.

Apareció invertido el Rey de Copas en una posición grotesca. Boca abajo, sus piernas aún parecían más pequeñas y gordas. Derramaba inútilmente los sentimientos que su copa encerraba.

Acto seguido, la Muerte apareció segando con su guadaña la vida de los demás. Así era su trabajo, debía hacerlo pronto y bien, no estaban los tiempos para cambiar de oficio.

La tercera en salir fue el As de Espadas. Esta carta se presta a mil lecturas. Junto a la Muerte su significado estaba claro: no representaba nada bueno.

Después apareció invertida el As de Bastos. Regla se identificó con aquel palo grueso mantenido en actitud combativa por una mano anónima.

-María, esa soy yo, ¿verdad?

La Santera asintió con la cabeza.

-Estoy dispuesta a partirle el alma a quien ose tocar un pelo de mi hija.

María me indicó callase, quería concentrarse un poco más. Por último, apareció el Juicio. Una carta bonita, de lectura difícil. Las dos mujeres respiraron a la vez. El Juicio hablaba de esperanza: el bien por encima del mal y Blanca libre para siempre.

-María -suplicaba Regla-, dime de quién se trata, ¿quién es el mal nacido que puede desear manchar a un ángel?

-Regla, ¿qué relación tienes tú con Domínguez, el Licenciado?

Regla se quedó perpleja, no reaccionó. ¿A quién correspondía ese apellido? No asociaba cara con ese nombre.

De pronto recordó al tipejo, hartó desagradable, caminando siempre con la vista

gacha. Nada conocía de él, salvo las habladurías que el pueblo contaba, a media tarde, como descanso de sus quehaceres.

Los relatos de los "colgaos", cuando el sol trataba de esconderse, no eran veraces casi nunca. Se contaban como un cuento relajante, capaz de fabricar el líquido blanco de los sueños. Era la medicina que entornaba los ojos de Mendica con un beso.

-Regla, hay que estar muy atenta a cada movimiento de tu hija. Tendremos que turnarnos, no podemos dejarla sola ni cuando finja que duerme. El monstruo vendrá para llevársela, queramos o no. Tu hija actúa de buena fe, por eso es presa fácil del conjuro. Él es un servidor de las tinieblas que necesita la luz como alimento. La robará de aquel que más fácil la ofrezca.

Tan atentas estaban a sus cosas que no oyeron entrar a la pequeña. Se diría que Blanca no pisaba la tierra. Llevaba puesta una túnica azul. En su espalda había una cruz dibujada con sangre.

-¿De dónde vienes, niña? -le preguntaron las dos mujeres, asustadas.

-Vengo de La Palabra. Hemos estado, Ezequiel y yo, recitando los salmos de David. Le he pedido a mi padre adoptivo que hiciese una cruz en mi espalda, como escudo de protección.

-Blanca, hija mía, ¿de quién necesitas protegerte? -preguntó su madre.

-De mí, madre. ¡De mí!

Ni Regla, ni María sabían cómo continuar aquella conversación premonitoria.

-Madre, ¿no has pensado nunca que el hombre elige su martirio, buscando los detalles más crueles a fin de embellecer la obra de su vida? Venimos a la tierra cargados de inocencia, que para nada sirve. Nacemos con la pluma dispuesta a escribir el argumento de nuestro cuento. Toda historia es sencilla y hermosa desde el punto de vista del escritor. Uno actúa en función del final que elige de antemano, el desenlace es lo único que merece la pena cuidar. Los detalles que adornan el

argumento no son imprescindibles, sólo sirven para mantener la expectación hasta que el telón baje.

Regla le preguntó a María muy bajito, para no interrumpir aquel monólogo:

-María, ¿tú sabes de qué habla?

María contestó afirmativamente y comenzó a llorar.

Regla sentíase incapaz de entablar una conversación con Blanca, mas, tocada por la luz, dijo de pronto:

-¿Conoces al licenciado Domínguez?

Blanca no se inmutó.

-Sí, le conozco. Es un hombre de bien, no entiendo por qué se le rehuye. Desde que hablamos, ya va para dos meses, he aprendido muchas cosas, madre. Nuestras charlas están llenas de anécdotas, siempre tiene cosas curiosas que contar. Antes de llegar al pueblo emprendió mil hazañas, cien libros diferentes harían falta para escribir su biografía. Ezequiel le ha invitado a comer con nosotros, por la Pascua. Quiero que le conozcas, María, tú también has de venir. Te gustará como habla y las cosas que cuenta. Dice que de niño se perdió y tuvo que vivir solo en el bosque y era de tan corta estatura que le confundieron con un enano:

Un día por la mañana una mujer recolectora de setas -alimento que más tarde utilizaba en la confección de sus exquisitos guisos- al arrancar un hermoso ejemplar le descubrió sentado debajo del paraguas comestible, al resguardo de la inclemencia del bosque.

Al principio, su escasa presencia sobresaltó a la dama. Él sonrió para tranquilizarla, mirándola de frente con los brazos cruzados a la espalda. Temblando, la

mano hermosa y suave de la mujer lo tomó por la cintura, con cuidado para no romperlo, y lo depositó sobre el cesto cargado con las setas. Ella lo miraba arrobada, creía haber encontrado al gnomo del bosque, protagonista absoluto de mil libros infantiles.

Dialogaron sobre mil cosas, todas interesantes. Aquel enano no se callaba nunca y parecía conocerlo todo. Después de su cháchara, Domínguez tuvo que desilusionarla. No podía fingir que era un gnomo. Deseaba regresar a casa para vivir de nuevo con su familia. Con cuidado para no herirla, le explicó que él era “un niño no crecido”.

Su altura le permitía observar cosas inadvertidas para el resto de los mortales. Sabía de las luchas que las hormigas emprenden en los pasillos subterráneos de sus palacios. Le contó que, en una ocasión, la Hormiga Reina tuvo que pelear, hasta casi morir, por defender su trono. Fue una trampa tendida por las Hormigas Ciegas, esclavas hartas de trabajar sin contemplar la luz del día. Se reunieron por grupos para matar a la Reina, causante de su desdicha. Las Hormigas Nodrizas contaron la traición a su señora. La Reina intentó hacerles comprender que aquello carecía de sentido: "Las hormigas ciegas venís al mundo sin alas, para realizar tareas humildes y sencillas; a cambio, se os mima sin prohibiros ningún capricho. De ahí que muchas de vosotras os volváis orgullosas y deseéis ocupar un lugar para el que no fuisteis hechas".

Así hablaba la Reina cuando una Ciega, enferma de rencor, se abalanzó sobre la soberana, dispuesta a partirla en dos por la cintura. La emperatriz le arrancó sus dos antenas en la lucha, aquella Ciega debía aprender la lección a cualquier precio. Acto seguido, llena de amor y de justicia, su Majestad le suplicó que se quedara a vivir con ella: quería cuidarla hasta su muerte.

Estaba visto que daba igual dónde tu vida transcurriese, la lucha siempre era la misma: el miedo es el gran monstruo capaz de paralizar el raciocinio de todo ser viviente.

Tienes miedo a dejar de ser. Se teme lo que se desconoce, de ahí que el vivo vaya de sobresalto en sobresalto.

El sol amaneció morado, color de penitencia. Era Domingo de Pasión. El pueblo se preparaba para representar la entrada de Jesús a lomos de un borrico, triunfador entre palmas y ramos de olivo y romero. Todos los "colgaos" interpretaban un papel, por pequeño que fuese. Hasta Samuel, el Tonto, que vivía apartado en el corazón del bosque, ese día se acercaba hasta el pueblo para representar.

Él siempre daba vida al mismo personaje. Era el Pastor Durmiente -colocado a los pies de la Virgen- que sólo de vez en cuando sonreía para parecer de verdad. El tonto era feliz en su papel. Le perturbaba mirar a Blanca tan de cerca.

Mendica presumía de tener la Virgen más hermosa de la comarca. Era cierto. Mi hija amanecía con una luz, nacida en su interior, que iluminaba su persona y todo aquello que se le acercase. Samuel solía comentar, con su lengua de trapo, que sólo se calentaba el día de la representación, cuando se tumbaba a los pies de la Señora. El chico, aunque incapaz, era bien parecido. Tenía la piel y el pelo rubios. Era alto y recio, de espalda ancha y mano grande. Sólo un trazo en el dibujo delataba su tontuna: tenía la pupila clavada en el globo ocular. Sus ojos caminaban de frente, jamás miraban ni a derecha ni a izquierda. Sus labios eran gruesos, jugosos, querían ser besados, solicitaban una caricia, un contacto permanente. No se conocían datos ni fechas que le identificaran, ni el cuándo ni el porqué llegó a Mendica.

Cinco años atrás, Don Serafín, el médico, tuvo que llegarse a San Calixto para calmar la angustia de un anciano a punto de fallecer. De regreso a Mendica, cansado como estaba, optó por el camino más corto. Atravesó el Calvario. El fuerte y ácido olor de la resina se mezclaba con el constante olor de la magnolia. Antes de alcanzar las primeras casas del pueblo se encontró con Samuel sentado sobre las raíces de una encina centenaria.

Al instante comprobó la poca lucidez de aquel muchacho. Se lo llevó a su casa, bajo su techo podría crecer en paz. La convivencia duró sólo unas horas, lo que Samuel tardó en comer y quedar harto. El infeliz no soportaba la cautividad, de seguir encerrado habría dejado de existir. Su naturaleza se acoplaba bien a la intemperie, como los animales salvajes. Se parecía a los caballos que nacen, se crían y mueren -en la sierra- solos.

Con los "colgaos" no se llevaba ni bien ni mal, era un objeto inútil que no daba molestias. Por Blanca sentíase atraído como las mariposas cuando quedan atrapadas en la luz fascinante, hasta que su cuerpo se quema y desvanece.

Meses atrás ayudó a su amiga en la construcción de la cabaña que mi hija se hizo en la espesura. Blanca solía llevarle de comida tostadas untadas de miel y de manteca, parecía ser éste su manjar preferido.

Según se iba acercando la Semana Santa el pueblo comenzaba a bullir con la Representación. Todos tenían que confeccionarse un traje, por lo menos. Había quien hacía dos papeles. Cada año, el quince de febrero, el pueblo se reunía en el Ayuntamiento para distribuirse los oficios. Era curioso, nadie quería hacer de Judas, era muy difícil de repartir el personaje. El pueblo, de forma unánime, elegía a Ezequiel para representar a Jesús.

A mí me tocaba hacer de la Verónica. El lienzo de seda y lino que enjuga el sudor del Nazareno lo tejía yo misma con mis manos. Aquel año, cuando estaba acabando el paño blanco, en medio de la tela se formó un triángulo con tres gotas de sangre que aparecieron de manera espontánea y milagrosa.

Como todo lo inexplicable, se lo comenté a María. Se puso blanca, me tomó las manos y sólo acertó a decir:

-Ya no es momento de echarse atrás, los que han de partir están a punto de emprender el vuelo. ¡Va a ser muy duro, Regla!

Me senté para no derrumbarme, sentí el frío de la muerte recitando un monólogo escrito a mi medida. ¿Quién sería difunto y quién verdugo? Se me partió el cuerpo en dos como árbol seco. Sólo gusanos hambrientos llenaban las mitades, ni un solo trozo de corazón quedaba de recuerdo.

* * *

Sí, el sol apareció morado, color de penitencia. Era Domingo de Pasión. Yo insistía para que Blanca se pusiese el refajo de felpa bajo su túnica de seda violeta.

-Hija, tu traje es muy liviano. Si la lluvia lo empapa se ceñirá a tu cuerpo como una piel. Te exhibirás desnuda ante los ojos de la gente, amén de coger un resfriado.

La muchacha no estaba por la labor de encorsetarse. Llevaba un año esperando el momento.

-Madre, desenrédame el pelo, por favor. Tú no trabajas hoy, así que tienes tiempo libre.

Era verdad. Hasta el viernes yo no intervendría en la función. Por la tarde, a las cinco, saldría al encuentro del Nazareno para enjugar su rostro. Llevaba tres años atada al papel de la Verónica y cada vez me imponía más respeto.

El Domingo de Ramos, por la Gracia de Dios, Mendica se transformó en Jerusalén.

Los "colgaos" se disfrazaban con el traje que les apetecía: árabes, judíos, sacerdotes, levitas... Algunos se incorporaban a la Santa Biblia con el uniforme de la guerra que más les escocía. Por ello, entre túnicas, turbantes y pareos, se veía alguna cartuchera, con botas y espuelas de Zapata.

La mayoría de las mujeres se asomaban al jolgorio durante un rato, para volver de nuevo a sus cocinas y seguir preparando la comida pascual. El menú consistía en tortas de maíz sin levadura con mole de guajolote. Durante la semana era obligatorio sacrificar un animal para saciarse. Pensaban, en el pueblo, que la sangre inocente de los compañeros de corral limpiaba aquel pecado cometido veinte siglos atrás. Sólo el Viernes de Dolor se suspendía la matanza, la comida se hacía a base de leche ácida con higos y pasas secas.

Las yemas de Santa María Azucena, hechas con leche, harina, huevos, canela y miel, no podían faltar el Domingo de Gloria. Las viandas eran parte fundamental en toda fiesta.

Representábamos una Pasión sin datos ni rigor. Cada cual aportaba la tradición escuchada a sus mayores. Cualquier parecido con la Santa Biblia era casualidad.

Comenzó el día bendecido por la Misa cantada. La iglesia olía a romero y olivo. Todos queríamos llevarnos a casa nuestro ramo bendito. Después se recorrían los Santos Lugares entre cantos y rezos. Cuando el reloj del consistorio daba las doce campanadas, comenzaba la Pasión y Muerte de Jesús.

El primer día todo era júbilo y gozo. Se festejaba la entrada triunfal de Jesucristo. Por la noche el pueblo, satisfecho, se retiraba a descansar en abstinencia. Las parejas no podían aparearse hasta el Sábado de Gloria por la mañana.

Una copla, cantada por mil gargantas, se escuchaba a lo largo de la semana:

“El Sábado de Gloria, muy de mañana,
si estás casado o acompañado duermes,
cierra tu puerta, tapias ventanas, no dejes que
ni la luz entre,
ponte delante de tu compadre, sin decir nada,
abrázale con fuerza, hasta que dejen de latir
tus sienes,
abandónate en los labios, que te dibujen con
sus besos.”

El jueves, recién amanecía, las mujeres nos dirigíamos al corral de Jonás. Allí preparábamos la mesa y los manjares necesarios para la Última Cena. Yo cocinaba el cordero, por ser la esposa del Mesías.

Tiziana escogía la ensalada, cuidando la armonía de los colores: pimiento rojo, verde aguacate, amarillo maíz, remolacha morada, cogollos de lechuga blanca, orégano, pimienta y una aceituna negra recordando al traidor. El vino de consagrar debía llevar reposando veinte años como mínimo. Aurelio, el muertero, se encargaba de suministrarlo.

Contaba el anciano que llevaba más "colgaos" enterrados que pelos perdidos de la cabeza. Al parecer, el viejo había lucido en su juventud un cráneo repleto de pelo negro, ensortijado como tirabuzones. Con frecuencia decía de sí mismo: "El tiempo nos convierte en chiste de nuestra propia imagen".

Las cepas de Aurelio daban un vino más dulce que el arrope. El responsable de aquel manjar bebible atribuía el prodigio a la mezcla del tuétano de los difuntos con el abono de la tierra recién quemada. ¿Qué otra cosa podía ser? No hacía nada que los demás no hicieran. Pisaba la uva con los pies descalzos, igual que el resto. Lo importante no era discutir sobre el hecho, sino beberse el vino y dejarse de historias.

La Última Cena requería mucha preparación. El pan, transformado en carne mortal por obra y gracia de la invocación divina, debía elaborarlo una doncella a quien no le hubiese venido el flujo de la menstruación.

Comenzamos a preparar el cenáculo sacando del trastero doce palanganas blancas ribeteadas con oro, doce jarras de plata y alabastro, donde se guardaba el agua para el pediluvio; doce túnicas blancas de algodón atadas con cinto de raíz de hinojo y doce sillas de anea, que debían pintarse cada año.

Los doce apóstoles se elegían entre los ancianos de San Ciriaco, asilo que regentaban las monjitas gracias a las limosnas que el pueblo depositaba en la Misa Mayor de los domingos.

Judas le tocaba siempre a Don Ramón. La mudez le impedía quejarse. Sólo de vez en cuando rebuznaba, para demostrar su descontento.

Ese año el azar modificó la personalidad de los discípulos. Para representar desde Pedro a Judas Iscariote se personaron doce varones vírgenes. Les faltaba superar el Trago de Flaqueza para demostrar su hombría.

(A finales de junio se celebraba la fiesta del "Santo Afán", en recuerdo de aquellas tres provocaciones de Satán para tentar a Cristo. En el prado de la Burra, después de los oficios religiosos, los jóvenes habían de pasar dos pruebas antes de llamarse hombres. Una arcada de metal recubierta de broza servía de marco a la figura humana. El joven se colocaba dentro de la falsilla y esperaba prendieran la paja regada de aguardiente. Las llamas salían como lenguas de fuego, tratando de lamer el cuerpo desnudo del adolescente. Éste no debía moverse hasta que el fuego se hubiese consumido. Acto seguido, sin darle tiempo a reaccionar, el mozo era atado a una doncella, dejando medio metro de separación entre los cuerpos desnudos. Una cinta de seda rosa les enroscaba de la cabeza a los pies, sinuosa como la serpiente del paraíso. El varón debía librarse de la trampa, deshaciendo los nudos prisioneros sin tocar el cuerpo de la hembra. Cuentan que algunos se desmayaban, debido a la tensión emocional que produce la proximidad desnuda de una damita).

La Eucaristía estaba llena de emoción y realismo. Comenzó a darme miedo la Representación. Aquellos textos eran recitados con el espíritu y no con la memoria. De nuevo la Víctima Inocente se hacía necesaria para cambiar el mundo.

El viernes mi marido se marchaba temprano. No volvía hasta el sábado, de madrugada, cuando lo descolgaban de la cruz.

Blanca tenía colocadas, sobre el respaldo de la cama, la túnica morada y la capa negra que luciría por la mañana al atravesar el escenario del drama, hasta caer doblada a los pies de su Hijo. Besé su frente con cuidado, para no despertarla. Nos quedaba a los tres una larga jornada.

Cuando nos levantamos, Ezequiel ya se había marchado. Desayunamos en silencio. Algo inexplicable, detectado tan sólo por el vello de las extremidades, giraba en torno

nuestro, impidiéndonos respirar.

Ayudé a la pequeña mientras se vestía. No volveríamos a vernos hasta que yo no me cruzase con Dios para enjugar su rostro.

Pasé nerviosa la mañana. Fui varias veces en busca de la Santera, pero no la encontré. En uno de mis paseos tropecé con Domínguez, el Licenciado. Agachó la cabeza un poco más, parecía esconderse de alguien.

A las cuatro, me puse el traje de la Verónica. Debía encontrarme con Jesús cuando la comitiva doblase la fuente y emprendiese el camino hacia la iglesia. Arriba, en la explanada, estaban colocados los maderos. Una vez en la calle, tuve que volver de prisa a casa. Había olvidado el lienzo imprescindible en mi papel. Cuando la quinta campanada terminó de sonar, me puse a Dios de frente. Sudaba sangre, como narraban las Santas Escrituras. Cubrí su rostro con el trozo de lino y en él quedó marcada a fuego la foto de Ezequiel. Nos abrazamos, cómplices de la misma desgracia. Ensimismada como estaba en mis pensamientos, no eché en falta la presencia de Blanca a los pies de la cruz. Sólo cuando escuché la voz cansada del moribundo, diciéndole a María: "Madre, ahí tienes a tu hijo", y a Juan: "Hijo, ahí tienes a tu madre", me di cuenta de que la niña no estaba en el lugar que le correspondía.

Empecé preguntando a los más cercanos. Nadie recordaba cuándo habían dejado de verla. Unos decían que, en casa de Pilatos, ya no estaba. Otros, que se había marchado después de la Coronación de Espinas

Traté de calmarme. No podía hacer nada hasta que terminara la Representación. Comenzó a llover con ganas. Cristo y los dos ladrones tuvieron que abandonar su posición de prisa, estaban empapados. Los cubrimos con mantas y les dimos de beber leche con raíz de loto. Comenté a mi compañero que la niña había desaparecido. Él me miró sin comprender. Juntos emprendimos aquella búsqueda maldita.

Antes de dar las cinco, Lucía, la molinera, vió como el Licenciado se acercaba a la

doncella y le hablaba muy bajito algún secreto y Blanca, sonriendo, le decía no con la cabeza. Desde aquel momento ninguno de los dos se había dejado ver.

Samuel, el simple, que a todas partes la seguía como un perro, tampoco podía dar noticia de ella. El pueblo entero comenzó a buscarla. De noche, lloviendo como estaba, era difícil encontrar un rastro.

Tiziana, mi esposo y yo nos detuvimos: una persona, moviendo los brazos como aspas, pedía que la esperásemos. Domínguez solicitó permiso para unirse a nosotros y, en silencio, los cuatro emprendimos la marcha.

Quinientos metros nos separaban del crimen. En la cabaña de sus juegos yacía, desnuda y muerta, la Santa. El impotente, no pudiendo consumir su violación, había partido su vientre en dos mitades.

Me volví loca. Todo mi afán era coserle aquella enorme raja para que la vida no se le escapase. Llena de amor y de rabia traté de hundirme en sus entrañas. Necesitaba verla una vez más, aunque fuese por dentro. Bebí su sangre, cada vez más espesa. Grité al cielo hasta caer desfallecida.

Me despertaron las manos cariñosas de mi hombre. Tenía el cuerpo cubierto con paños empapados en aceite de mirra. Una mezcla de panícula blanca, gervera roja y liliun moteado, rodeaba mi frente. Con sándalo, dragón y sanguinaria, habían tapado mis piernas y mis pies. No podía moverme.

Llamaron a la puerta. Era Serafín. Quería hablar con Ezequiel a solas. No lograba entender las palabras del visitante. Los sollozos de la persona amada ocupaban toda mi atención.

María hizo entrar a los hombres. Debían contarme las últimas noticias cuanto antes y dejarse de secretos tontos. De lo contrario, los nervios podían jugarme una mala pasada. Además, cualquier cosa, por mala que pudiera parecer, siempre sería mejor que lo sufrido.

La narración era macabra, en verdad:

El médico, nervioso por llegar a mi casa cuanto antes a fin de prestarme algún consuelo, no acertaba a mirar ni adelante ni atrás, ni a derecha ni a izquierda. Sin darse cuenta, tropezó con el cuerpo de un hombre que pendía de un árbol.

Repuesto en parte de la impresión, examinó el espectáculo detenidamente. Domínguez era el fante que se bamboleaba, colgado de la higuera puta que a cambio de su servicio, cobraba treinta monedas de plata. La mano del cadáver apretaba su amor traducido en palabras:

"Partió feliz la golondrina, partió llevándose mi
alma,
¿De qué sirve calentar el nido cuando está vacío?.
Voy en tu busca, ahora que todavía estás cerca".

Les enterramos juntos. En el panteón familiar le hicimos un hueco al desgraciado, que ni sitio tenía para reposar los huesos. El cura era reacio a officiar las exequias. No habían muerto en la paz del Señor.

Me acordé de Tomás. De haber sabido donde estaba, le habría pedido que viniera. Nadie mejor que él para poner a Blanca en las manos de Dios.

Llegó el otoño. Yo seguía vagando por el bosque, la razón perdida. Sólo dos personas podían acercárseme: Ezequiel y María. Los tres formábamos la pirámide de nuestra vida. Mirándolo bien, mi hija era una pieza intercambiable, se podía añadir o quitar sin que el triángulo se derrumbase. Ella había sido un regalo del cielo, que el Todo Poderoso quiso rescatar para disfrutarlo personalmente.

En uno de mis paseos me pareció ver a Samuel con una prenda que me era familiar.

Le seguí sin que se diese cuenta. Entró en la cabaña de su amiga y comenzó a reír y gritar como un poseso. Me acerqué al ventanuco para mirar. El tonto echaba espuma por la boca. La mano izquierda sujetaba un cuchillo, con el que dibujaba una cruz en el aire. Entre los dedos de la derecha, asomaba la braga blanca que yo tejí para mi hija. Quise entrar para apretarle el cuello hasta que dejara de respirar. Aquel descerebrado, hijo de las tinieblas, había saciado su impotencia con la vida de la mártir.

Todo mi cuerpo se transformó en idea. Entré sonriendo en la cabaña. El idiota me miraba sin comprender. Aprovechando su confusión, le arrebaté el cuchillo suavemente. Comencé a doblégarle, acariciando su cuerpo confiado, que se reclinaba sobre el suelo de hierba seca. Le desabroché los botones de la bragueta mirándole a los ojos. Samuel bajó los suyos. Comenzaba a excitarse inútilmente. Sabía que su pene era un colgajo sin movimiento. Deseaba verle furioso cuando el orgasmo subiera y no supiese qué hacer con su apéndice inútil. Seguí estimulándole un poco más. Su cara se transformó de pronto, las niñas desaparecieron dejando las cuencas en blanco. Comenzó a mover los labios como el pez a quien se le retira el agua que le da vida. Agarré con fuerza su flacidez colgante, que para nada le servía, y se la arranqué de un tajo perfecto. Aquella verga no le pondría en más aprietos. Si no se desangraba, de ahora en adelante podría ser feliz.

Don Serafín cuidó del mentecato hasta que se repuso. Después lo abandonó a su suerte en un pueblo del sur, a muchas millas de Mendica.

Han pasado los años y cada día vengo a contar un Pattakí sobre la tumba de mi hija, para que no se aburra.:

-Blanca, cariño, tú y yo, allá en los cielos, nos apostamos a ver quién de las dos era más fuerte. Sin apenas pensarlo escribimos un cuento lleno de lágrimas y sangre. Se lo enseñamos a Jeremías, nuestro tutor. El Querubín, ocupado como estaba en sus quehaceres, no lo miró siquiera. Dio por seguro que tendríamos las fuerzas necesarias para representarlo, escrito como estaba por nosotras. Firmó nuestra salida y nos echó al Infierno.

¡Maldigo tu pereza, Jeremías! Tengo ganas de volver a verte. Desplumaré tus alas despacito. Quiero que sientas cómo duele cuando te arrancan los cañones del cuerpo. ¡Te juro, por mi vida, que vas a pagar cara tu imprudencia!

5

Verbena

*Me envuelves por detrás y por
delante y pones sobre mí tu mano.
Sobremanera admirable es para
mí esta ciencia, demasiado sublime
para poder ser comprendida.*

*¿Dónde podría alejarme de tu
faz?*

*Si subiere a los cielos, allí estás
tú; si bajare al Seol, allí estás
presente.*

*Si tomara las alas de la aurora
y quisiera habitar al extremo
del mar,
también allí me tomaría tu mano
y me tendría tu diestra.*

Cada mañana, al despertar, firme tras la mirilla, mis huesos ateridos se caldeaban con el calor del sol.

Mis párpados se abrieron igual que las almejas. En el centro de la plaza de Mendica, un gigante se balanceaba como cigüeña herida.

Pantaleón -así le bautizó Tiziana la Santera- parecía un triángulo cubierto por una costra de barro maloliente. Los pábilos de sus pupilas transparentes se encendieron. Las cuencas del gigante no pudieron retener el mar azul. Por la corriente del lagrimal derecho se deslizaba suavemente una larva carmín. El espectro abandonó el caudal y reptó por los cristales de mi ventana. Los ojos del hombre se durmieron. Se relajó el alambre que ensamblaba sus zancas. La media docena de huesos inferiores se desplomaron, desesperados por encontrar un lecho. Sacudió el plumaje para iniciar el vuelo. No pudo remontar. Cayó de bruces, hundiendo el pico en la papilla de orín de bestia y agua fresca recién vertida. El lodo, soliviantado por el intruso, alivió adrenalina salpicando de flemas pardas las impolutas mirillas de Mendica. El reloj del Consistorio sonó los cinco golpes.

Crucé la plaza en busca de María Tiziana la Santera. No podía mirar el recortable humano que yacía al pie de la fuente de Tres Caños, alimento común de personas y bestias. La puerta de la bruja estaba entornada, como siempre que ella se encontraba dentro. Al portón de madera le había dado un tajo horizontal, a la altura del pecho, para abrir y cerrar como las tapas de un retablo. La Santera vestía de violeta. De sus gruesas muñecas pendía un rosario de plata. En la frente, hornacina donde reposa el tercer ojo, María tenía colocada una estrella de marfil con cinco puntas. Por tres veces le ceñía la cabeza una cinta de raso verde. Sus manos ahogaban el sahumero excitante de una infusión de menta.

La bruja musitaba a Isaías:

*¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncian la paz,
que traen buenas nuevas,
que anuncian salvación,
que dicen a Sión
que reine tu Dios!*

-¿A qué ha venido? -pregunté cortando la plegaria-. ¿A qué ha venido el gigante? ¿Tienes tú la respuesta?

María abrió los ojos, besó la cruz de nácar y escondió en el amplio bolsillo de su faltriquera el mágico rosario. Saboreó la menta; al terminar mostró los posos rezagados en el fondo del cuenco.

-Regla, si observas con atención el sedimento, conocerás la gesta de su vida.

-Santera, ¿la mancha verde representa la suerte del hombre que duerme en nuestra plaza?.

-Así es -me contestó-. En la margen izquierda se escriben las penurias, en la derecha los desahogos, pero... ¡Qué pocos tiene! Pegado como un sello a su trasero duerme el gusano rojo, cansado de esperar a su amante. Sólo Pantaleón puede salvar a Verbena de la larva que la tiene cautiva.

-¿A Verbena la putona, la que vive en el prostíbulo de Sole?

-Regla ¿qué sabes de Verbena? -me preguntó Tiziana.

No supe qué decir. Recordaba tan sólo que su madre había muerto de resultas del parto. Sole y Julián reclamaron la cría recién llegada al mundo. Los doce patriarcas de nuestro pueblo, que en todo se metían, se la entregaron esperando creciese en ella temor divino, amparada por aquel matrimonio bendecido por Dios.

Ningún "colgao" hubiese imaginado, entonces, que a Sole le gustase el oficio de puta. Ni que Julián, hombre digno respetado por todos, se convirtiese años más tarde en aquella piltrafa encelada con el jugo que brota de las uvas cuando se las espicha. Tanto

infortunio, de seguro, lo trajo la riada.

Antes de que las aguas imprudentes invadiesen Mendica, el pueblo se secó. Envejeció la tierra. El fruto murió de desamor, sin fecundar. La fuente de Tres Caños, monolito de bronce con remate en punta de cuarzo blanco y peana negra de turmalina, se enfrentó a la terquedad del astro rey, que pretendía disolverla.

El padrecito Don Sebastián sugirió hablásemos con Dios a través de su Hijo El Santo Cristo de las Aguas. Teníamos tanta necesidad de lluvia, que paseamos la Cruz durante horas.

El cielo gritó ¡basta! y levantó el telón: las nubes contenidas se corrieron al fin como rameras, el flujo desbordado invadió la intimidad del pueblo. Personas, animales, hortalizas y muebles, flotaban como barcos de papel en la gran balsa del pueblo sumergido.

Cuando Mendica recobró calma y razón, encerró para siempre en la capilla al Santo Cristo de las Aguas, enterró a sus difuntos y adecentó los enseres destrozados. Al año de las lluvias le pusimos de apodo "la Calina" y así nombrábamos la tragedia cuando teníamos necesidad.

Después de "la Calina", la pereza sacudió a "los colgaos", sin dejar cuerpo sano. La Palabra del reverendo se tornó incomprensible y el pueblo decidió no acudir a los Santos Oficios. Ya nadie recordaba si a Cristo le ciñeron la corona de espinas antes o después de flagelarlo.

Entre tanto relajo, era justo que el alma de mi amiga Sole se negase a cumplir los derechos y deseos de su esposo. Una mañana, mi amiga, harta de copular por amor a la Iglesia, huyó del pueblo llevándose a la niña.

Julián, cargado de razón, se entregó por entero a la bebida. Solía disculpar sus borracheras poniendo por excusa la ausencia de su amada. Pocos meses tardó en beberse todo el alcohol del pueblo, acabando con su patrimonio.

Recién abandonado, Julián pedía al primero que se le acercase "dos pijos" para matar su angustia.

Nadie supo jamás la cantidad exacta de aquel galimatías. Cada sujeto le soltaba unas monedas, por ver de dar con la limosna que los dichosos "pijos" representaban. Al final llegamos al convencimiento de que no pedía cantidad exacta.

Murió en otoño, un año antes de que Sole volviese. Lo encontró Monda, la panadera. Julián tenía la boca sin encajar y los ojos abiertos. De su vientre, como bulbo podrido, se escapaba un hedor a vinagre que hacía difícil contener el vómito, al vestirle la mortaja limpia. Estaba tan ceñido a la cepa, que tuvieron que tirar de la raíz hasta arrancarla. Bajó a la tierra con la vista fija en el Infierno y un ramo de sarmiento entre las manos.

Las primeras noticias que tuvimos de Sole nos las trajo Cecilia, joven piadosa de vista pobre. Para reconocerte empañaba tu cara con el aliento de su charla. Cecilia era enfermera. Trabajó en la Santa Misericordia, el único hospital de la ciudad. Vino a Mendica reclamada por el médico Don Serafín, para prestar servicio en la consulta.

Contaba la cegata cómo conoció a Sole:

Una noche de vigilia obligada, ésta acudió a la Santa Misericordia para cerrar el grifo de la sangre. Poco después de que su amante huyese, determinó expulsar el feto introduciéndose cuarto de perezil en la vagina.

Estuvieron apunto de enfiarla a los muertos, pero mi amiga abrió los ojos y sonriendo dijo: "He de joderte, Matarratas, allí donde te escondas". Y comenzó a vivir.

Sole se buscó el pan honradamente. Probó fortuna como soprano en un café de tertulia erudita.

Una tarde, un puñado de jóvenes, con el diploma todavía caliente, decidió celebrarlo pagándose unas copas donde Sole cantaba. Los recién investidos bebieron y escucharon, en silencio, la primera tomada. Complacida, la artista calentó la garganta. El corazón dejó escapar la melodía. Los trinos volaban sin cesar.

Aquellos estudiantes de carácter torcido vociferaban: "Cántate otra, cántate otra". Las manos refinadas aplaudían con fuerza. El pájaro, rotos los nervios, solicitó una tregua. De entre todas las voces la más cruel gritó:

-¡No puedes irte, cantarás hasta que dejes de graznar, o mis manos silenciarán tu miserere retorciéndote el cuello!.

Sole, atravesada por el insulto, cayó de muerte al pie de la tarima.

En volandas llegó el jilguero al hospital de la Santa Misericordia, muerto por segunda vez.

Fe, Esperanza y Caridad, Vírgenes negras como ceniza de rastrojo, se la entregaron a Cecilia, celadora de la noche, para que la incluyese en la lista de los vivos, ya que los "intermedios" le cerraban el paso. Era una pobre loca que intentaba escapar con el cuaderno en blanco.

Según decía mi abuela Escola, "venimos a la tierra para llenar con nuestra vida impresa los estantes vacíos del Señor. Pero sólo la tinta del amor escribe, por eso la biblioteca de Dios está medio vacía".

Sole no desdeñó ningún oficio que le sirviera de comer. Harta de mendigar, pidió trabajo de ramera en el lupanar de Dolores.

Se encargaba de la limpieza y apañaba los caprichos de los clientes refinados. Era una experta en dar satisfacción. En el coito se mantenía muda, cualidad muy apreciada por los puteros. Conocía las manías del semental nada más verle. De todas partes acudían los

hombres para fundirse en su tibieza.

Los primeros en describir la dureza y blancura de los muslos de Sole fueron los tres compadres de su antiguo marido. Eran tan parecidos que la mujer contaba ingenuamente no distinguir, en el oscuro dormitorio, la sombra que se le venía encima. Sólo al terminar de copular, cuando la voz agradecida le decía bajito -"Regla, ¿qué quieres que te compre?" -reconocía al seductor.

Sole dividió su cuerpo en dos mitades. A los hombres les mostraba de cintura para abajo. Decía que con medio tronco ya tenían de sobra para desahogarse. Un corsé naranja, que jamás se quitaba, le mantenía erguido el busto, merced a los cordones de los costados. La seda permitía apretarle los flancos hasta casi asfixiarla. Cuatro varillas de acero afirmaban sus pechos empitonados.

Parece ser que, debajo del seno izquierdo, llevaba tatuado el sobrenombre del revolucionario que la hizo un hijo. El bandido, después de forzar la caja fuerte del prostíbulo, huyó con el dinero de las putas.

Hacía un año que Julián Dos Pijos dormía al calor de la tierra, cuando Sole aterrizó en Mendica con ánimo de hacer fortuna.

Llegó en un carro conducido por cuatro mulas negras, de pura casta. Ella, desde el pescante, dobléaba a las cuatro salvajes manejando el ronzal. Detrás, sobre las ruedas, un cajón de madera resguardaba a tres adolescentes tan negras como las bestias delanteras. Fe sujetaba a Verbena dormida en su regazo. Ninguna de las tres levantó la cabeza. Miraban sencillamente sus botines de charol negro.

Los aldeanos "papasitos" fisgoneaban por las rendijas. Las comadres, cansadas de mirar y no ver, abrieron las mirillas, perdieron el respeto, saltaron por balcones y ventanas para sentir de cerca el espectáculo. Asombradas se preguntaban por qué las niñas negras vestían de satén -tejido de pachanga- (así llamaban a las putas los "colgaos"). El satén hacía aguas invitando a beber. Al respirar, los pechos de queso fresco se desplazaban como

el mar. Alguien, hipnotizado por el ritmo constante del jadeo, echó mano a los pezones infantiles.

Sole compró el olivar donde murió Julián, su esposo. En la casa de roble amarillento colocó un cartel que rezaba: "La Dulce Morada".

Los "colgaos", remolones, tardaron en subir. Eso que ganó la hacienda. De temple impetuoso, Sole no podía permanecer cruzada de piernas y manos esperando a que llegasen los clientes. Ayudada por las tres doncellas de piel oscura, arrancaron las cepas y llenaron la tierra con semillas de plantas curativas.

Verbena mezclaba los remedios. Sabía de dolencias más que Don Serafín.

Los ancianos del pueblo, abandonados por la lujuria -de la que sólo les quedaba el recuerdo de una sonrisa a medio hacer-, acudían a la "Dulce Morada" para contar achaques. Sole y las Virtudes Teologales les entregaban las bolsitas, preparadas por Verbena con el propósito de aliviarles.

Jonás "el Bien Nacido", desertor de guerrilla, fue el primero en llegarse hasta el burdel de Sole con deseos lascivos. El traidor detalló el servicio entre los machos. Hablaba mucho y bien de la ramera, lo que supuso que Sole se hartase de clientes.

Era una gran profesional. Trabajaba con seriedad, limpieza y rapidez. No regalaba ni un segundo del tiempo contratado. Hubiese sido indigno otro comportamiento.

Las mujeres del pueblo agradecían su honradez, reconocían que sus zalamerías habían evitado la ruptura de muchos matrimonios.

Verbena tenía siete años cuando regresó al pueblo. Aquella criatura de pelo rubio ensortijado, retraída como una penitente, creció mimada por almas femeninas. Cuando cumplió los nueve estuvo a punto de arder. Siempre se acomodaba junto a la chimenea cubierta por mantas de colores que las mujeres de la casa tejían para ella.

Del cuerpo infantil se colgaba el destempe de la muerte. Por su piel transparente contemplabas el ajeteo de sus vísceras: el corazón pequeño, de ritmo acelerado. Un bazo enorme más propio de vacuno. Le faltaba el músculo de digerir, quizá por ello no probaba alimento. Sus ovarios parecían dos huevos de perdiz.

Fuera de Sole y las Virtudes Teologales, las dos o tres personas que la vimos de cerca tuvimos miedo a enfrentarnos con su mirada añil. Parecía una luciérnaga sedienta de nuestra savia.

Amanecía un seis de agosto con olor a sudor. El sol, desorientado, prendió por negligencia las mantas de colores que ahuyentaban el frío de Verbena. La niña, acorralada, empezó a soltar flujo sanguinolento. El pringue tomaba forma ovoide y la envolvía como la cáscara protege el embrión del polluelo. Las llamas, sobrecogidas, se apartaron. Las mujeres intentaban, sin conseguirlo, forzar la puerta para rescatarla. De pronto, impelidas por una fuerza inexplicable, se encontraron con Verbena formando un círculo dentro de la habitación. En el centro crecía el huevo gelatinoso, carcelero de la víctima inocente. Las cuatro madres creyeron conveniente contar con la experiencia de Tiziana la Bruja. Solas, no podían enfrentarse al gusano rubí que recorría la médula espinal de la pequeña desde su nacimiento.

María Tiziana la Santera fue testigo de aquella posesión:

La historia de Verbena comenzó cuando los siete planetas se formaron. Ella sería semilla y placenta de Melisa, su madre.

Melisa, "Vestal de la Floresta", fue educada por las mujeres de su estirpe en el poder oculto de las plantas. Las desposadas de su familia criaban a sus hijas con el jugo de la hierba reclamada por la recién parida. La noche en que las brujas ofrendan a Venus y Mercurio la planta sagrada de los Druidas, nació Melisa; por eso la criaron con jugo de Verbena.

Solía contar Melisa, con el juicio perdido, que algo debió fallar en la retorta de su primera mamada. Seguro que el néctar de verbena, con el que silenciaron la llantina, iba contaminado por la saliva de una oruga imprudente.

Melisa era maestra en amuletos casamenteros. Preparaba con polvo de verbena - planta de amor y suerte- unas bolsitas color de luna, que las novias colocaban bajo el tálamo nupcial para fortalecer la unión. El suyo no pudo prepararlo. Le llegó retorcido el amor. No le dio tiempo a practicar sus mil conocimientos: el saquito de luna, con la suerte, no estaba debajo de su cuerpo cuando perdió la virtud.

La curandera -así llamaban a Melisa- estuvo enamorada desde siempre de un mozo alto y fuerte como los árboles tras los que se escondía.

Los enamorados se buscaban entre el laberinto de robles cuando, a la anochecida, Melisa bajaba al bosque para recoger las plantas necesarias. Los jóvenes se amaban sin traspasar la reja de madera viva que separaba sus celdas. Se miraban, mudos, durante horas.

El día de la Virgen Blanca, nuestra Patrona, por la tarde, cuando se afloja la razón, Melisa dormitaba tendida en la hojarasca, esperando a su dueño. Sin explicarse, el

gigante saltó como un felino sobre su cuerpo a medio despertar. Se fundieron hombre y mujer como las figuritas de plomo que, por descuido, quedan cerca del gran fogón de la cocina. La violó y sin decir palabra huyó como un ladrón.

Melisa había soñado la primera penetración de forma diferente. Su abuela, su madre y sus hermanas, le hablaron de un gran lecho con sábanas de hilo blanco. En el centro de la cubierta, después de roto el himen, habían de quedar cuatro gotas de sangre, garantía virginal de la doncella desposada. Melisa nunca supo si, sobre la maleza, su vagina soltó las cuatro gotas reglamentarias.

Melisa, traicionada por la madre naturaleza, la maldijo. Le arrancó el sobrenombre de Madre y sólo la trataba de madrastra.

Se volvió especialista en formularios que daban muerte a fetos no queridos. Pero por mucha ruda que tomase, la vida que corría por su sangre, terca como una mula, seguía hacia adelante y su vientre crecía como una gran pelota que arrastraba por todas partes.

Tardó en desalojarse dos lunas más, innecesarias. Pensaba, en su locura, que con el vientre plano ya no podría reclamarle a Dios la vuelta de su amado. Quizá por todos estos pensamientos el parto fue muy duro. Apenas el feto asomaba la pelusilla, el útero volvía a contraerse cerrando la compuerta. Cuando la sangre descontrolada comenzó a derramarse, Doña Espino, su madre, preocupada por la vida del no nacido, reclamó los cuidados de María Tiziana la Santera.

Tiziana, cubierta con la túnica de arpillera blanca, parecía una saca de harina cuando se presentó en la habitación. Llevaba en la derecha un candelabro con dos cirios. Prendió las velas para devolver la paz a los centros vitales de la parturienta.

Melisa y Tiziana entablaron un diálogo sólo por ellas comprendido. La Santera dudó entre dejar partir a las dos almas, ahogadas en su propio plasma, o tirar de aquella criatura hacia la vida que, por destino, había de compartir en simbiosis con su madre.

Tiziana introdujo las manos en el río de sangre y tiró de Verbena sin escuchar los reproches del útero partido.

Melisa vio a Tiziana abandonar la habitación con la cria envuelta en un pañal de seda. Toda ella se volvió pensamiento: "Iba a morir sola como había vivido, sin la presencia del ser querido. Necesitaba recuperar a su hombre un instante tan solo para llenarse de amor". No lo dudó, aprovechó las fuerzas del último estertor para meterse como larva de luz en la médula espinal recién parida. El cuerpo de Verbena se puso de costado, el huésped reclamaba un sitio bajo el pañal de seda.

Terminaba María de contarme la historia, cuando escuchamos el ruido que el portón hace al abrirse. El gigante entró en la habitación. Parecía una figura recién salida de las manos del alfarero, el barro le cubría hasta las cejas. María le ofreció una silla de anea para que descansase.

Pantaleón permaneció con los ojos cerrados y las manos entrelazadas durante mucho tiempo. Ninguna de las dos interrumpimos su silencio. Le escuchamos cuando solicitó atención. Poco nuevo podía contarle a la Santera, así que fue derecho al grano.

-Santera, quiero ver a mi hija y pedirle a Melisa perdón.

Sin esperar respuesta, se encaminó al arroyo que linda con la casa de Tiziana. María se limitó a seguirle. Vidente de futuro, le había preparado una túnica roja hilada con el fuego. De espaldas, sin ofender al hombre que limpiaba su dolor, depositó la túnica en el suelo sobre el manto de hierba fresca.

Las dos esperamos toda la noche su regreso. Cantó el gallo para desperezarnos. Delante de nosotras Pantaleón parecía el ángel del amor. Nos pusimos en marcha.

El lupanar de Sole permanecía a oscuras, pero si mirabas con atención advertías una pequeña luminosidad tras la mirilla del piso superior. No hizo falta llamar. Sole con Fe, Esperanza y Caridad, estaban esperándonos. Igual que el cortejo de los Descarnados

que ronda los montes por San Juan Bendito, nos encaminamos a la estancia superior. Verbena, en el centro de la habitación, no se cubría con prenda alguna.

Su cuerpo de cristal parecía la maquinaria de un reloj transparente. La babosa, soltando sangre, luchaba por salir sin encontrar agujero. Pantaleón se arrodilló frente a la larva y suavemente besó el espinazo de su hija. El gusano comenzó presto a hilvanarse el sudario. Al poco, sólo un huevo como bola de acero, resbalaba por las vértebras de la pequeña. Sin dejarnos contemplar el milagro, sentimos alrededor de nuestros cuerpos el vuelo de una mariposa, dorada como el sol, que fue a posarse en los labios de Pantaleón. Estuvo unos instantes quieta y después se deshizo en cenizas.

6

María Tiziana

*Te alabaré por el maravilloso
modo en que me hiciste.
¡Admirables son tus obras!.
Del todo conoces mi alma.
Mis huesos no te eran ocultos
cuando fui modelado en secreto
y bordado en las profundidades
de la tierra.*

Era patético el ejército rebelde. Los hombres de Samaniego arrastraban, en una camioneta descubierta, a quince reverendas sin convento que les ayudaban a bien morir.

Aquellos aguerridos, observados de cerca, parecían esqueletos de guerra con los tirantes de la vida a punto de romperse.

Un bulle-bulle que no aclaraba nada, serpenteaba por las calles de Mendica, removiendo las aguas mansas y cálidas del río.

Mi pueblo admiraba a los valientes que un día abandonaron sus chamizos para defender la libertad de los más débiles. Recibimos a los héroes -hombres de carne y ropa hechas jirones- sin lugar donde poder prenderles los honores ganados.

Los "colgaos" que pudieron los acogieron en sus casas. Don Serafín, el médico, cedió a las reverendas su bajera, que para nada le servía.

En la bajera, tan sólo una higuera centenaria respiraba. Aquel hermoso tronco era la madre putativa de Mendica. Daba gozo ver a los más chicos trepar por su macizo cuerpo buscando el fruto de los higos maduros.

Las monjas eran mujeres recias, de brazos diligentes expertos en sembrar la semilla y recoger el fruto. En poco tiempo convirtieron la nave de cielo raso en huerto vivo. Flores, hortalizas, ponedoras y gansos convivían en perfecta armonía.

También criaron un puerco, regalo de Facundo el herrero. Facundo atendía más por el apodo de "mamón", que por el nombre derramado por las santas aguas. Cuando Facundo el Mamón bebía un tinto de más en la taberna, solía engrandecer el lustre de sus cerdos. Contaba que los cuartos traseros de las "guarras", bruñidos como la superficie de un

espejo, le sirvieron en alguna fecha para fisgar su desaliño.

Todos los días, el Mamón se llegaba hasta las monjas para prestarles servicio en lo que tuvieran a bien mandarle. Junto a Donata -la hermana cocinera-, picaron, enfoscaron, tabicaron, cubrieron aguas. Por último, el blanqueo fue cosa de "los colgaos". De manera tan simple nació en el pueblo el primer convento de Las Madres Dolorosas.

Con el tiempo, tal fue la devoción de Facundo por las santas mujeres que decidió vivir con ellas para siempre, oficiar de hermano lego y perder el sobrenombre de "Mamón".

Los domingos, en el convento, se cruzaban apuestas. Las beatas derrochaban energía y buen humor. Siempre estaban dispuestas para enzarzarse a muerte con el primer valiente que lo solicitara. Pueblerinos y reverendas, remangados hasta los codos, entrelazaban manos y brazos dispuestos a echarse un pulso.

A veces, el entusiasmo de las mujeres daba al traste con las muñecas de los "colgaos", el brazo masculino comenzaba a temblar unos segundos antes del desplome final.

Las compañeras de los vencidos, antes vociferantes, abandonaban el círculo en silencio, llenas de rencor hacia las religiosas. Murmuraban las desgraciadas que sus consortes se aflojaban porque las reverendas, durante el forcejeo, rezaban por lo bajo a San Judas Tadeo, patrón de lo imposible. Por el contrario los perdedores, divertidos, creían adivinar en su fracaso la señal del perdón que su patrona -la Virgen Blanca- les concedía por alguna impudicia cometida. Éstos pagaban, de buen grado su descuido lanzando unas monedas, recogidas con presteza por las hermanas para emplearlas en el cuidado de los agonizantes, razón del estatuto de su orden.

Las Madres Dolorosas no se expresaban bien. Costaba entender lo que decían, soltaban las palabras sin terminar de hacerse. Quizá la deficiencia se debiera a su trato con los moribundos, personas que sólo dialogan consigo mismas, sin emitir más sonido que la

queja del aire cuando trata de escapar por la laringe, enturbiando los últimos momentos de silencio.

Los ritos funerarios no eran nada corrientes. Rodeaban al medio muerto nueve hermanas, sujetas por hombros y cintura. Se unían colocando la mano izquierda en el hombro de su contigua, la derecha sujetaba la cintura inmediata y suavemente se balanceaban de atrás hacia delante, como la ropa tendida al sol cuando la mece el viento. Durante horas pronunciaban la misma sílaba sin alterar el tono. Aquella cantinela te retumbaba en los oídos como el sonido del martillo cuando golpea el yunque.

La orden Dolorosa la fundó Sor Propósito, según palabra de la Predicadora. Contaba la parlante que Propósito era una joven en vísperas de boda.

Al sur de la comarca, en San Diego, donde ella naciera, tenían por costumbre ofrecer licor de mora, para mojar con pastas de manteca, a todo aquel que se llegase hasta la casa de la contrayente la noche previa al desposorio, con el fin de bendecir a la doncella y ofrecerle algún sabio consejo que le sirviese para domar a su futuro. También era obligado desearle una hora cortita cuando el parto llegase.

Al refrigerio de Propósito, preparado por sus progenitores en el jardín para mejor acomodar a los presentes, se presentó una anciana con sayones de luto. La sombra negra se colgó de la novia como se aferra el molusco a la roca.

Tan sujeta tenía la mayor a la joven, que parecían el despropósito forjado por la fiebre de un horno enfermo. Recordaban sus cuerpos algunos panes recién sobados, que padecen locura cuando son acogidos por la matriz en llamas. Estas bolas de harina, si desvarían, se descomponen y desparraman abandonando el molde. Cuando las matronas, ávidas por recogerlos, le suben la trampilla al horno, quedan desconcertadas y abandonan corriendo los fetos malformados, que en nada se asemejan a las hogazas paridas por sus manos.

Aquella anciana, oscura como una cucaracha, no paró hasta llevarse a Propósito.

Debía transmitirle la oración de Jonás, su difunto. Todos vieron como el bosque se tragaba las dos formas. Allí vivió la joven cuarenta días como hiciera Cristo.

Cuentan que Jonás, el muerto, se le hizo presente llevando de la mano a la Virgen Santísima, vestida de violeta. La Madre del Redentor se abrió la túnica, sacó con cuidado la daga que le atravesaba el corazón, y se la dio a la niña. Ésta deseaba saber a quién correspondía semejante ocurrencia, ella no era la persona adecuada. Estaba en vísperas de boda y aquel presente no esperado le deparaba, de seguro, celibato para toda la vida. Parece que la Virgen sonrió. Comprendía el sufrimiento humano cuando las altas jerarquías de los cielos recuerdan algún nombre y deciden hacerle un regalito.

La Dolorosa Madre de Dios y Madre nuestra, reveló a Propósito el mensaje: *Debería fundar la orden Dolorosa para guiar a los agonizantes hasta la galería del último suspiro, aguardando con ellos en el laberinto de las brumas la llegada de sus predecesores. Algunos moribundos sentíanse tan solos, que no podían cortar el cordón que les unía a la placenta del planeta y prolongaban su agonía para siempre. Necesitaban unas manos calientes que les sellasen los ojos para, de esta manera, poder soñar su tránsito.*

Jonás, sin concretar, habló de alguien a quien la muerte le tomó de improviso la mano, muchos años antes de nacer el Cristo. Aquel sujeto se negaba a terminar de agonizar en soledad. Pedía, caprichoso, que una muchacha le cubriese la cara con hojas de maíz, para que los sentidos se decidiesen a dejar de officiar. Luego hiciese una cruz que le brotara desde el centro del cráneo hasta la punta de los pies. La cruz de agua debería extenderse, refrescando los hombros y las manos del difunto; sólo de esta manera cortaría el cordón plateado que le unía a la tierra. El desdichado no recordaba ni su nombre, sólo tenía cierto haber nacido antes que Dios.

Propósito meditó lo ocurrido. No tenía otra opción que cumplir la orden de su Santa Madre. Sin prisa regresó al hogar. San Diego, el pueblo que la viera partir cuarenta días antes, no se acordaba de ella. Ni siquiera sus padres la reconocieron. Su novio,

resentido, habíase marchado en busca de otros mundos. Como un milagro, la elegida sintióse libre para cumplir con los designios de la Madre de Dios y Madre Nuestra.

El Tránsito fue el apodo que los "colgaos" le pusieron al convento de las Madres Dolorosas. Gracias a la bondad y dedicación de las beatas, más de uno se jactaba de haber perdido el respeto a la Parca, única hembra capaz de amedrentarles.

María Tiziana la Santera dio cobijo a Jacinto –otro de los rebeldes- apodado "Tacones", por las botas de piel de vaca que llevaba. Transcurrido un tiempo, cuando aquel mocetón tomó confianza, comentó que su calzado pertenecía a un muerto en el combate. Al parecer, después de mucho caminar descalzo, con las piernas y pies llenos de llagas, tropezó con un bulto que a punto estuvo de tirarle al suelo.

Aquel revuelto de carroña llevaba el uniforme del contrario. Tenía la calavera sepultada en la tierra; tan sólo la nuca, partida por la bala traidora, quedaba al descubierto como testigo del crimen.

Jacinto siempre hacía la señal de la cruz al terminar la historia. Decía no imaginar mayor maldad que morir boca abajo, sin conocer los ojos asesinos.

Jacinto era joven, no más de treinta años. Pelo negro azabache, recogido como cola de bestia. Los ojos, sedientos de ternura, solicitaban mansamente un cuerpo de mujer donde mirarse.

Los objetos que sus manos tocaban guardaban para siempre su presencia viril. Hablaba sin estridencias, dejando resbalar las palabras por la piel del interlocutor como caricias. Jacinto "Tacones" despertaba la parte femenina que todo ser humano lleva dentro.

María Tiziana, la Santera, chocó con el amor sin tiempo para echarse las cartas.

Yo la oí comentar un centenar de veces: "Regla, las brujas, cuando se encelan, pierden las alas y han de dejar la escoba en la alacena; ya no pueden volar".

Tiziana parecía una niña, sujeta por la mano de Tacones, recorriendo las calles de Mendica. Yo solía visitarla a la anochecida, cuando el rebelde se ausentaba para adiestrar a los "colgaos" y hacer de aquellos perezosos auténticos guerreros. Les enseñaba estrategias de combate en el pajar de Agapito el Tuerto, uno que perdió la vista del derecho por poner el ojo donde no debía (cuando chico, fisgaba por el agujero de las cerraduras los secretos que las estancias guardaban celosamente. Una noche, con el ojo fijo en el quehacer de la criada, que se untaba el cuerpo con harina para darle gusto a Pentecostés, no se dio cuenta de que la llave embestía con empuje la ranura para asegurar la intimidad de aquellos comistrajos. El ojo derecho de Agapito recibió la cornada del metal y se desenroscó, saltando por el aire).

María Tiziana, mientras me preparaba la infusión, contaba emocionada intimidades del hombre con zapatos de muerto:

Jacinto se fugó de la casa paterna a los catorce años. Por vez primera tropezó con la mar. Tenía todo preparado para embarcase, pero fue capturado por los agentes. Sus padres habían denunciado el abandono por ser menor de edad.

De vuelta al pueblo, no paró de imaginar cómo escapar sin que le descubriesen. Tejía y destejía las historias hasta que dio con un buen desenlace. De madrugada conduciría las ovejas hacia los pastizales y, mientras éstas triscasen, él saldría corriendo sin parar hasta encontrar la frontera con el norte. Había decidido no utilizar la mar, no descartaba le traicionase una segunda vez.

Me contaba Tiziana las fatigas sufridas hasta llegar a Torre Campanario, ciudad donde la gente pagaba con monedas de oro. En aquella comarca, paraíso perdido, los ciudadanos vivían con la bolsa repleta. Por San Pacomio, cuando crece la mies, los más audaces, a lomos de corceles, sin atender los reproches de Dadá -Orisha de los indios- traspasaban las puertas de la selva para cazar cobrizos.

Hembras y machos, acosados por los dioses blancos, eran fáciles de apresar. Se

quedaban absortos contemplando los ornamentos de jinetes y bestias. Los hombres se cubrían con capa negra para protegerse del conjuro infiel. Los cuadrúpedos tapaban los flancos con tapices de color naranja. Los cobrizos sentían su garganta sujeta por el nudo corredizo, que, como collar de esparto, les lanzaban los caballeros para sujetar la presa.

En Torre Campanario no había señor que se preciase que no tuviera de dos a tres salvajes durmiendo a los pies de su cama, tendidos como alfombras. Daba suerte abrir los ojos, pisar la carne tibia y encontrarse con la sonrisa limpia de los indios.

A Jacinto “Tacones” le adoptó como hijo Don Fermín Escribano, un cacique con dinero y poder.

Su esposa, Doña Celeste, le enseñó la conducta de la gente influyente. Jacinto la seguía a todas partes. Ella le reveló el complejo lenguaje de las flores. Las flores cambiaban de color según la moral de los contertulios.

Sabía que, si el domingo les visitaba algún marido infiel adinerado, convenía colocar discretamente un jarrón con rosas amarillas. De esta manera, el invitado era advertido: los dueños de la casa conocían su debilidad, pero al no mostrar el ramo en lugar preferente, le proponían no revelar su falta siempre que su silencio mereciese un favor en el momento oportuno.

Cuando alguna viuda era solicitada por un hombre, se la invitaba y, al despedirla, Jacinto le entregaba una cesta pequeña repleta de violetas. La mujer, sorprendida, miraba a Doña Celeste y a Don Fermín. Ellos, con un guiño, la dejaban partir, cómplices de su nuevo estado.

Con aquella pareja desconcertante vivían siete indios de diferente jerarquía. Tres de primera, dos de segunda, el capataz y un mocoso de tres años, a quien el lazo corredizo aprehendió por descuido.

Los indios de primera se encargaban de todo lo relacionado con labores

domésticas. Respondían de los trajes que lucían sus dueños, preparaban manjares diferentes para no aburrirles el paladar y se pasaban el día puliendo los mil objetos de plata y oro que tenían colocados por las estancias. También se esmeraban en el jardín. Los indios de primera eran expertos en alumbrar especies variopintas. Todos los años, la ciudad les concedía el premio a la flor más hermosa.

Los de segunda se encargaban de los animales, de sembrar y recolectar. El capataz apenas si dormía, organizando el quehacer de los cinco cobrizos. El mocoso, escaso de naturaleza, vivía como un rey. No trabajaba y administraba su tiempo como le venía en gana. Pronto se convirtió en la sombra menguada de Jacinto que, a veces, no sentía la presencia del pequeño espía, colocado siempre detrás de su fuerte esqueleto. El mocoso decidió servirle de esterilla y, desde la primera noche, se dormía a los pies de su lecho.

El matrimonio no tenía herederos hasta que se toparon con Jacinto "Tacones", al que por testamento nombraron beneficiario de sus bienes. Cuando llegaron los rebeldes a Torre Campanario, Jacinto, de sangre aventurera, decidió seguir la causa que aquellos desnutridos defendían.

Doña Celeste y Don Fermín usaron su influencia para cerrarle el paso. Todo fue inútil. Una mañana al despertar, Jacinto ya no estaba. Un indio de primera, cuando tiró de la roldana para sacar del pozo el agua fresca, se encontró con que el balde, que pesaba más de lo debido, se había convertido en cesta de Moisés para el mocoso, que muerto permanecía acurrucado, pegado al fondo del barreño.

Una tarde le propuse a Tiziana, la Bruja, si no sería conveniente echarle una tirada a su galán, para saber de sus padres, Doña Celeste y Don Fermín. Se le cambió el color a "la Santera". Me dijo que las cartas con él no funcionaban o que ella, enamorada como estaba, no sabía leerlas. Noté en su voz que algo incomprensible había visto.

Al terminar nuestra infusión, como todas las tardes, me fijé en la figura que los posos dejaban pegados a los bajos del cuenco. Eran las fauces del toro sujetando un lirio.

Tan clara era la imagen que parecía una fotografía.

Le pregunté a Tiziana qué significaba la visión. Cogió la taza y sin decir palabra, la estrelló contra el suelo. Yo insistí nuevamente en preguntarle:

-¿Qué significa el toro unido con el lirio?

Ella estaba llorando y ni contestar pudo.

De camino a casa, recordé las charlas que de chica mantenía con mi madre. Una noche me contó la historia de mi tío Perfecto. Parece ser que el nombre le venía como anillo al dedo, dada la gracia y belleza de su figura.

Era de pelo y piel morena, con ojos verdes. Esbelto, bien formado, con tantas redondeces que, cuando por la feria le disfrazaban de arcángel para llevar la Santa Cruz de bronce, era difícil adivinar sus atributos de varón bajo la túnica de rosa carmesí. Mi tío Perfecto, con hechuras dudosas, vivió entre dos aguas su juventud.

No le gustaba, ni de broma, pelear con los otros muchachos. Sentíase satisfecho de estar junto a su madre cuando ésta y sus amigas charlaban, alrededor del fuego, de cosas de la vida. Cumplidos los veinte, Perfecto optó por ejercer de hembra y se marchó del pueblo con Macario, el hijo del alcalde. Solía comentar mi madre que es conveniente que el macho nazca tosco. Hay que delimitar desde el principio las tendencias. Cualquier error, cuando el tallo está tierno, puede torcer el árbol.

No sé por qué me vino a la cabeza semejante historia. Comprendía que Jacinto estaba aún por definir y me sentí empapada por las lágrimas de María Tiziana la Santera.

Tardé días en visitar a la Bruja. Armada de valor, después de compartir nuestra infusión de menta, le pregunté:

-María, ¿te ha hecho el amor Jacinto?

Tiziana tomó mi mano izquierda y colocándola sobre su corazón, me dijo:

-Regla, amo a Jacinto y no debo provocarle. Si aspiras a conocerle no le compares con tu tío Perfecto. Jacinto es otra cosa. Es el amor que habita entre nosotros.

Jacinto "Tacones" murió sin ver a su asesino. Un tiro por la espalda le atravesó la nuca. El reo le robó las botas para no seguir descalzo su camino.

María le enterró en el jardín, cerca del río. En su tumba escribió:

"Amabas porque era lo único que sabías hacer"

7

Mi Madre

*No entres en juicio con tu
siervo, pues ante ti no se justifica
ningún viviente.*

*Pues persigue el enemigo a mi
alma; ya ha postrado en tierra
mi vida, me ha hecho habitar en
las tinieblas como a los muertos
de mucho ha.*

*Languidece en mí el espíritu,
y mi corazón se estremece.*

*Me acuerdo de los tiempos antiguos;
medito en todas tus obras;
reflexiono en la obra de tus manos.*

El reloj del Consistorio presagia la luz del nuevo día. Escucho el badajo del Viático con el que Veremundo Campanas proclama que alguien, a punto de morir, desea ponerse a bien con Dios.

No encuentro postura ni lugar donde asentarme. Arde mi nuca. Me sujeto la cabeza con las manos para que no reviente y salte en mil pedazos, como le pasa a la sandía cuando se estrella contra el suelo.

Demasiado temprano para llegarme hasta la casa del médico Don Serafín. Noto mi desamparo y ni ganas tengo de pedirle al cielo que me ayude. Sólo recuerdo nombres de cuerpos que yacen bajo tierra. Ignoro si a todos les llegó su hora o adelantaron el tiempo de partida, aburridos de no encontrar sentido a su existencia... ¡También tú me dejaste, Ezequiel!

Despedimos a los rebeldes y mi esposo, que seguía enseñando La Palabra a los niños y niñas de Mendica, cayó de muerte sin que la medicina pudiese adivinar la causa. Don Serafín vino a visitarle el primer día que faltó a la escuela. Miró y remiró su cuerpo. En el rellano, antes de que se fuese, lo retuve un instante. Quería conocer la suerte de mi esposo, de qué dolencia iba a morir.

-Regla -dijo Don Serafín-, a mi entender se muere de tristeza.

-Perdóneme, Don Serafín, pero usted anda con la razón perdida. Ni un solo día de los muchos compartidos he visto la tristeza asomar a sus ojos. Ni siquiera cuando enterramos a su madre perdió el humor. Con sus manos horadó como un topo la tierra para poner el ataúd de Aldara a salvo de animales y locos.

Por aquel tiempo se profanaron doce tumbas en el pueblo. Nunca supimos quién lo hizo ni los motivos que le indujeron a semejante sacrilegio.

Cada día Don Justo, el sepulturero, en su trajín de adecentar las tumbas, se tropezaba con el macabro panorama. En todas ellas la persona o grupo de desaprensivos dejaba como firma o señal un lazo de crespón negro. A los muertos no los tocaban. Se limitaban a romper la lápida y escarbar la tierra. Entre la piedra de granito hecha pedazos y la tierra removida clavaban una estaca de madera con el lazo negro de crespón.

Todos confiábamos en que María Tiziana la Santera, Bruja o como cada cual tuviera a bien nombrarla, resolvería aquel misterio sin sentido.

María Tiziana, durante meses, acudió al cementerio con su cesta blanca llena de artilugios. Llegaba antes de acostarse la luna. Lo primero que hacía era poner, encima de cada tumba ultrajada, una perola de madera llena de EKÓ (revuelto de harina seca y miel). Luego salpicaba de Omiero (agua sagrada preparada con ceniza de cigarro puro, cáscara de huevo blanco y dos gotas de sangre de paloma virgen), las cuatro esquinas de la tierra violada. Por último, giraba tres veces de derecha a izquierda, haciendo sonar con fuerza su Batá, el pequeño tambor donde habita Añá, el Orisha del perdón.

La música del tambor purificaba las miserias de los dementes. Al escucharla, abandonabas el quehacer que te tuviera entretenido. Las entrañas dolientes parían el agua de la paz y los pecados se diluían en aquel manantial de lágrimas saladas, que no cesaba hasta que enmudecía el Batá y se hacía el silencio.

Un día Tiziana dejó de subir al Camposanto. Cuando los aldeanos, sin comprender, le preguntaron por su abandono, Tiziana contestó que por fin los "colgaos" eran dignos de enfrentarse a sus muertos.

Recuerdo con detalle el entierro de Aldara. Llegaron a nuestra casa siete Justos vestidos de blanco. Los siete rodearon el cadáver aún tibio de la esposa de Ogún, Señor del Hierro. Sus bocas entreabiertas dejaron caer sobre la muerta pétalos de siete tonos diferentes: primero se acercó la Castidad y el vientre quedó cubierto de rosas rojas.

La Largueza se le anudó a la cintura como cordón trenzado de verdes pétalos.

La Templanza fue la tercera en acercarse. Pétalos amarillos salían de su boca hasta cubrirle el bazo, dejando libre el corazón para que la Humildad lo protegiese con el rocío de los pétalos blancos.

La Paciencia tapó con un pañuelo de pétalos azules su garganta de cisne.

El justo de nombre Diligencia selló la frente con una cruz de pétalos naranja.

Nos preguntábamos quién cubriría la fontanela por donde escapa el pensamiento, cuando el más alto y fuerte de los siete, a quien todos llamaban Caridad, se adelantó para sembrar el cráneo de pétalos morados. Pusieron ramas de laurel sobre su cuerpo y, envuelta en un sudario, cargaron a la difunta sobre los hombros. Cuando alcanzamos el cementerio, Ezequiel les indicó el lugar donde debían depositar el cuerpo de su madre. Era una zanja profunda arañada con sus manos. Colocaron el envoltorio sobre dos cuerdas plateadas y lo fueron soltando muy despacio, hasta llegar al fondo del inmenso agujero.

Las manos de los Siete cubrieron de tierra el cuerpo de mi suegra y aventaron cáscara de huevo blanco, para ahuyentar a los espíritus impuros. Uno por uno abrazaron a Ezequiel, su hijo. Los Justos desaparecieron fundidos con la luz de Dios.

Tras confirmarme Don Serafín que Ezequiel moría de tristeza, salí corriendo, sin pensarlo dos veces, en busca de María Tiziana.

La Santera me esperaba sentada en una silla junto a la puerta de su casa. Estaba meditando, con la cabeza inclinada sobre las piernas. A su lado, de rodillas, le dije muy quedo:

-Santera, dice Don Serafín que Ezequiel se me marcha porque no puede más. Que le acongoja despertar cada día.

No se movió. Parecía una escultura de granito.

-¡Santera! -le grité- ¿no oyes que Ezequiel se me muere?

Se incorporó despacio. Buscaba las palabras precisas para explicarme los secretos del alma.

-Regla, habla con Ezequiel; que te diga por qué se va y te deja. Yo desconozco los motivos del nacer y morir de las personas. Somos nosotros quienes decimos “¡Basta!” y tachamos nuestro nombre de la lista de los vivos. Cada uno decide su encuentro con la muerte.

Mientras hablaba con la Santera, el astuto Ezequiel, para no tener que darme explicaciones, aprovechó mi ausencia y se reunió con Dios. ¡Malditos hombres! Dos he tenido y los dos salieron de mi vida sin consultarme.

Subo al desván en busca de recuerdos. En un rincón encuentro el arca de madera donde mi madre guardaba las pocas pertenencias que no quiso heredásemos en vida. Puesta en la cerradura está la llave de hierro, que la guarda. Dentro, entre juguetes míos que apenas reconozco, me encuentro con la vida de mi Santa en un cuaderno del haber y el debe. A ella le gustaba llevar las cuentas claras, para saber en dónde se le iba la poca calderilla que mi padre ganaba. Cuando llegué al final de la lectura me sorprendió que Verónica, mi madre, entregara con tanta intensidad su vida a un marido del que apenas me habló.

Mi padre, Abundio, falleció cuando tenía yo tres años. Este dato lo retengo en mi memoria porque lo oí mencionar en varias ocasiones. Comenzaba mi madre su relato señalando, como dato curioso, ser ella la pequeña de las tres mujeres paridas por mi abuela Escola:

Mi nombre es Verónica y soy la pequeña de tres hermanas. Me llevo con Basilisa y Perpetua entre veinte y dieciocho años. Soy el engendro de un descuido de mis padres. He crecido entre adultos, de ahí que hable tan poco. Me crié alimentada por las agrias reflexiones de las personas con los sueños partidos.

Basilisa, mi hermana mayor, era hermosa, tenía talento, leyó todos los libros que en el pueblo había. Fue la encargada de enseñarme las letras. Casó, y marchó lejos del hogar paterno. Con ella fuéronse las manos tibias que calentaban mi sangre. Su vista escuchaba mi pensamiento. Ella me enseñó a rezar, quería a la madre de Dios tanto como a su Hijo, el Redentor. A veces, con las manos unidas, nos sentábamos a contar estrellas. Me quedaba dormida escuchando sus historias de planetas.

Parecía un ángel el día de la boda. Estaba más hermosa que la Virgen. Cuando cargamos sus pertenencias en la carreta que la apartaba de mi vida, me agarré a su cintura, oculté mi sufrimiento en el estómago para mejor ocasión y logré sonreír.

Desde entonces son tantos los pesares escondidos en la despensa de mi estómago, que éste se ha apoderado de mi esqueleto. Imaginaba que cuando me casara sería tan dichosa que, poco a poco, podría digerir aquella masa de dolor.

Perpetua, la mediana, tenía el alma enferma, estaba hecha de retales. Disfrutaba robando los usos y maneras de las personas con las que convivía. Todo razonamiento inteligente que escuchaba se lo apropiaba como si fuese suyo. Resultaba ridículo escucharle las mismas opiniones que, días antes, mi madre o Basilisa habían manifestado.

Le faltaba el centro de gravedad. De hecho siempre iba torcida. Era como Paciente, el loro que, recién nacida, me regaló mi madrina Rosario. Cuando Perpetua hablaba te miraba pero no te veía, sólo estaba pendiente de colocar como suya la frase ajena. Solía decir mi madre que era una “lástima de persona”.

Me enteré, siendo mayor, que Perpetua no llevaba nuestro semen. Sólo Basilisa y yo éramos hermanas de padre y madre. Mis padres se separaron durante cuatro años. Mi madre, más por venganza que por amor, compartió lecho y vida con un buen hombre que murió de repente. Mi padre, arrepentido, regresó, pidió perdón, las aguas volvieron a su cauce y, al cabo de los años, me engendraron.

Perpetua y yo perdimos la ocasión de comprendernos. Tras la marcha de Basilisa, me sentía tan sola que seguía como perro faldero a mi hermana mediana, allí donde se dirigiese.

Al principio todo fue bien. Perpetua, dieciocho años más madura que yo, guiaba mi conducta con reflexiones y consejos amables. Poco a poco terminó por olvidarse de las buenas maneras y dio en lastimarme cada vez que hablaba, unas veces amenazando con morirse, otras con abandonarme. Casi sin darme cuenta la saqué de mi vida. Perpetua decía entenderse bien con San Antonio, pero dudo que el Santo le tuviese el menor respeto. Dimos gracias a Dios cuando salió de casa para casarse.

Tras su marcha, comencé a sincerarme con mi madre. Deseaba volver a casa para detallarle todo lo acontecido durante el día. Nos comprendíamos de tal modo que sin hablarnos conocíamos la una de la otra los sentimientos más simples.

Empecé mi relación con César siendo muy joven. Le conocí un domingo de agosto, recién cumplidos los quince años.

Nos llegamos hasta el río mi padre y yo para recoger la miel que las abejas fabricaban dentro de nuestra cabaña. Las obreras trabajaban a destajo, cada año el panal era más grande y mi madre decidió vender la miel que nos sobraba. Como hacía calor,

pedí a mi padre permiso para meterme en el río desnuda. Mi padre se cubrió los ojos con la mano a modo de visera, miró alrededor nuestro y, creyéndonos solos, me invitó a que entrase en el agua como me apeteciese.

Dejé mi ropa junto al árbol. Tumbada, con los ojos cerrados, comencé a rezar las tres Avemarías que mi hermana mayor consideraba imprescindibles para que la Señora Madre de Dios nos concediese un deseo. Tan feliz me sentía que, después de rezarlas, olvidé pedirle un favor especial a la Madre de Dios.

El relincho de Ligeró, nuestro potro, hizo que abriera los ojos. A pocos metros estaba César, subido en una piedra. Supe, al mirarle, que era mi destino. César siempre me ha parecido una escalera obligada, difícil de subir.

Mi marido rondó a mis padres antes que a mí. Estuvimos de novios cinco años, mucho más de lo habitual entre los jóvenes de mi pueblo.

Mi madre me preguntó poco antes de casarme:

-Verónica, ¿estás enamorada?

-Madre -le respondí-, no se qué contestar; nada conozco del amor.

-Hija, ¿te ha besado alguna vez?

-Alguna vez, no muchas.

-¿Y qué ha pasado?

-¡Cómo que qué ha pasado! ¡Pues nada, madre! ¡No ha pasado nada!.

-Vamos a ver, Verónica -dijo mi madre con la voz alterada-, ¿sientes lo mismo besando a César que besándonos a tu padre o a mí?

-Sí madre, lo mismo; siento que también le quiero.

Recuerdo la expresión de dolor que apareció en sus ojos.

-No quiero que te cases -me suplicó-. No quiero que te cases, Verónica, no vas a ser feliz con ese hombre.

Una vez más la escalera apareció delante de mí, ineludible. Se fijó el día de la boda en el velatorio de mi padre.

El asesino involuntario de mi progenitor fue Ligerito, nuestro potrero. Le dio una coz, en el establo, que le partió la sien. Murió en el acto. Alguien vino a buscarme a la escuela, donde yo daba clases de canto a los pequeños, para contarme lo sucedido.

Cuando llegué, mi padre había muerto. Entre mi madre y una vecina le habían puesto su mejor traje, hasta la corbata de la boda le habían anudado al cuello. A mí me tocó disimular la patada propinada por Ligerito. Tenía una raja en la sien difícil de tapar. Primero limpié la herida con agua y jabón, luego con harina cubrí el rojo amoratado que se extendía por todo el lado izquierdo de su cara.

Meses después de enterrarle, nos casamos en la Ermita del Santo Cristo de las Aguas.

Como estábamos de luto, después de la ceremonia no hubo celebración. A la boda vinieron mis hermanas, junto con su familia. Basilisa tenía dos hijos y Perpetua uno.

Me quedé embarazada de mi primero a los dos meses de casarme. Con dolor he de confesar la sorpresa que sentí cuando César, mi esposo, se durmió sin consumir nuestro primer encuentro. Me gustaría olvidar pero no puedo. Aquella noche, primera de nuestro matrimonio, me vestí el camisón blanco de encaje poco tupido. Mi cuerpo se mostraba sin tapujos bajo aquella cubierta tejida por mi madre (durante cuatro años, todas las tardes, sentada a pie de casa, su instinto femenino manejaba la lanzadera para urdir la puntilla. La seda conducida por sus manos expertas hilaba, mórbida, la trampa para cazar al macho).

Cuando salí del aseo tapada con la malla, César me esperaba enfundado en un pijama gris con botones de nácar. Abrazados, comenzamos a besarnos. Sentí deseos de gritarle “Árompe de una vez el estúpido encaje que me envuelve y métete dentro de mí!”.

No dije nada. Ese silencio fue el prelude de mi vida. César se durmió sin penetrarme y yo quedé vacía, con su cuerpo agotado sobre el mío.

Mi marido nació viejo, no viejo cansado, sino "anciano pellejo". Tenía cuarteada la entretela, rasgada por los gatos que él paría. Pienso en ti, César, ahora que estás muerto, y me vuelvo saliva para escupir tu nombre.

Mi vida se llenó de rechazos y encuentros. En un período de desamor encontré un hombre que me habló bonito. Le conocí en una feria de ganado. Él traía para vender dos mulas y cuatro vacas. No sé por qué me acerqué para observar su mercancía, harta como estaba de animales. Acababa de sacrificar el último gorrino, víctima de mi poca paciencia. Acariciando a las mulas sentí en mi nuca el calor de su aliento. Aquel calor pastoso hizo correr la sangre por mis venas.

"Te regalo el animal que más te guste", dijo. Su voz partida me resbaló por la espalda, mi vello se erizó, se me secó la boca y el corazón maldito no paraba de latir. Sujetó mis hombros para darme la vuelta. Me besó. No respondí. Sus besos eran como el agua bendita, curaban las heridas de los desprecios. Mi conciencia, aturdida, echó a volar para integrarse en el reino de los sueños. Besaba como besan los hombres cuando desean a la mujer. Manifesté mi rabia almacenada mordiéndole los labios. Su boca comenzó a sangrar. Aquel fluido era la sangre del Redentor, derramada una vez más para hacernos felices.

Fue idea mía proponerle una cita para más tarde. Nos veríamos en la cabaña de la miel, cerca del río.

No duró mucho nuestro amor. Cuando se convirtió en costumbre, me pareció prudente abandonarle.

Decían que César frecuentaba a Marta Corazón de Serpiente.

Todos sabíamos que Marta atraía a los hombres valiéndose de hechizos.

Desconozco las mañas empleadas por Corazón de Serpiente para despertar el deseo de mi esposo. Todas las tardes, a las cuatro y media, César dejaba lo que estuviese haciendo. Se afeitaba, mudábase de limpio y, bañado en colonia, salía de casa para no regresar hasta la cena. Era hombre voluble de sentimientos. Me rechazaba y requería sin razón ni motivo. Cansada de sus caprichos, comencé a sentir vómitos cada vez que me solicitaba como hembra. Después del apareo, quedaba tan desolada como el ataúd al que le roban el muerto que cobija.

Tuve tres hijos y las tres veces sentí que la naturaleza me jugaba una mala pasada. Frecuentemente increpaba a los Santos. Les rogaba poblaran la tierra, poniendo la semilla en otra parte que no fuese mi útero. Rechazaba los embarazos. Sentía cómo el monstruo crecía rebelde en mis entrañas. Deseaba parir y, al mismo tiempo, me asustaba aproximarme a la fecha.

Los tres dolores para expulsar el feto eran tres alaridos que dábamos la tierra y yo. No comprendía por qué debía dilatarme hasta alcanzar el tamaño correcto para que la cabeza del nonato apareciese.

Sarmiento, la partera, solía reprocharme el alboroto que formaba hasta que daba a luz.

Regla, la mayor de mis hijos, lloró estando dentro de mi vientre. Este dato parecía avalarle un futuro feliz. Dicen "que si lloras de feto, de nacido felicidad segura".

Después de nacer Regla, César me repudió por vez primera.

¡Cuántas veces subí hasta la peña de Obatalá, el Orisha mayor, para arrojarme al vacío! Allí se encaramaban por Cuaresma los "colgaos" para arreglar con Dios sus cuentas.

*De niña, mi madre, la paciente y bella Escola, me contó el **Pattakí de Obatalá**, hijo del Todo Poderoso:*

En el principio, Dios Creador entregó a su hijo un puñado de tierra para derramar sobre las aguas, con el fin de cimentar el mundo. También le sugirió modelarse en arcilla al hombre y a la mujer. Una sola condición le impuso para admitir su obra. Debería regocijarse al contemplarla. Obatalá tuvo siete jornadas creativas. Al fin mostró a su Padre el resultado y cuentan que Dios no paró de reír en mucho tiempo.

Muchas tardes subía hasta la cima de la peña para pedirle al gran Orisha me mostrase la luz. Un día me invadió la sonrisa de Dios: me cubrí con la Paz, comencé a sudar ponzoña y opté por separarme de mi esposo.

Al poco, César murió. No pude ir al entierro. No soportaba el ruido de la tierra cubriendo al hombre que amé desesperadamente.

Epílogo

*De la espada maligna líbrame,
y sálvame de la mano de los
alienígenas, cuya boca habla
dolorosamente y cuya diestra es
diestra de perfidia.
Que sean nuestros hijos como
plantas, que crecen en su juventud,
y nuestras hijas como pilares,
esculpidas como las de un templo.*

Me levanto y me acuesto escuchando la esquila que transportan las ovejas de Cástulo. El zagal pastorea el rebaño de Bonifacio el carnicero, muerto y bien muerto.

Aquel gañán, mentecato y ladrón, cuando te despachaba te metía de clavo, entre la carne de cordero, vísceras que habías de tirar nada más descubiertas.

Tenía cualidades para robar. Por mucho que mirases no había forma de pillarle el cambio. Mientras cortaba y deshuesaba la pieza, contaba chascarrillos. Luego, cuando pesaba la mandada, te preguntaba por cosas íntimas. Suponíamos en el pueblo que las chuletas eran sustituidas por medio corazón disimulado cuando la clientela se sinceraba contándole sus cuitas.

Enterramos a Boni el Embustero. Al dar el pésame a Genara, su difunta, todos le dijimos entre dientes: *Queda con Dios, Genara... ¡Cuánto mejor está muerto!*

Cuentan que Genara, antes de frecuentar a Cástulo el cabrero, se llegó al cementerio para vigilar que Bonifacio seguía bajo tierra, sin fuerzas para volver al mundo de los vivos.

* * *

Estoy cansada. El entierro de Don Serafín, el médico, se ha llevado más tiempo del previsto.

En Mendica los funerales parecen la representación de un Auto Sacramental. Son los varones más allegados al difunto quienes transportan el féretro hasta el túmulo colocado en el atrio de la iglesia. Los fieles en el templo escuchamos, perplejos por la presencia inoportuna de la muerte, la Santa Misa de Réquiem. El muerto, mientras offician, recuerda los momentos felices de su vida (quiera nuestro Señor que sean muchos para que pueda descansar en paz). Nosotros entonamos el Tedeum para hacer que se olvide de los ratos amargos. Terminada la misa, los amigos del médico Don Serafín volvieron a cargarle hasta el Camposanto.

Después de sepultarle, todo el pueblo abrazó a las santas Madres Dolorosas, únicas herederas de aquel buen hombre.

Años hacía que Don Serafín, cansado del dolor ajeno, se había retirado a meditar sobre los muertos que su espalda cargaba. Tenía la conciencia llena de remordimiento, continuamente recordaba sus imprudencias de matasanos, convencido de que todo muerto su último suspiro a él se lo debía. Hablaba pestes del latín y, entre sollozos, maldecía la lengua de los griegos. Se quejaba de la fe del ignorante, que acepta de buen grado la muerte prematura. Decía haber matado a más de cien con recetas de emplasto que para

nada sirven. También contaba que, por las noches, los muertos que le pertenecían rodeaban su lecho y, en una letanía, hora tras hora, le reprochaban su mala calidad como galeno. ¡Descanse en paz Don Serafín, que Dios se compadezca de sus fantasmas!

Sermoneaba Don Froilán, joven seminarista, que “Jesús sufre con las almas dolientes, por eso quiere que nos volvamos niños”.

AMEN.

* * *

No puedo seguir emborronando más papeles. Se apaga mi candela y se enciende el recuerdo de mi madre, que viene a recogerme para llevarme ante el altar del Señor:

-Hija, despierta. Tengo que peinarte las trenzas como a ti te gustan.

Siento su beso como una marca a fuego sobre mi frente helada. No puedo abrir los ojos, no quiero reconocer los hechos.

Sólo los necios relativizan el infinito y lo concreto. ¿Quién dijo aquello de que el mar no cabe en el cubo de un mocosito?

Me contaron que Dios no ejecuta sentencia, somos nosotros juez, abogado y fiscal de nuestro Juicio. A veces la indecisión puede durarnos siglos, pero qué importa. Acabo de enterarme: el tiempo es tan sólo una palabra de la tierra a la que ya no pertenezco.

La voz de mi progenitora me muestra el día en que tragué a Jesús por vez primera.

Tragar es el verbo que mejor practico.

Me voy sin conjugar el “digerir”. Quizá por eso tengo podridas las entrañas.

La primera Hostia, como a todos, me la dieron cuando cumplí los ocho años. Es patética la estrategia social para la primera inmolación.

Después de un mes de “catequesis”, donde aprendes a recitar de tirón los puntales morales de tu vida, te disfrazan de un siglo que no te corresponde, con una limosnera en la mano consciente y con la izquierda sujetas un pequeño misal bien intencionado, repleto de recordatorios.

Mi madre, avanzadilla de todos los frentes, decidió gastar el escaso dinero que tenía en comprarme un vestido que pudiera seguir usando después de recibir a Jesús.

A doña Luisa –marquesa de título heredado– dueña y señora de las reuniones semanales, donde después de escuchar las Bienaventuranzas nos daban, por ser pobres, un suizo y dos onzas de chocolate, no le gustó la idea. Temía que mi traje de calle desentonase en su fila de novias enanas.

Por más que le explicasen la estética del ceremonial, Verónica –mi madre– se mantuvo en sus trece. Expuso razonablemente que ella disponía nuestros fondos según le alcanzaba la razón. Mas por respeto, al fin se avino a ponerme las hechuras prestadas por doña Luisa, maestra del Señor aquí en la tierra. El vestido de organdí blanco nos lo enviaron a casa, en una caja de mi estatura.

Hoy, durmiendo en una caja hecha a medida, recuerdo este momento de mi existir:

Me levanté a las siete, apenas sin haber dormido. Mi madre se prestó a entrelazarme el pelo en dos gruesas coletas muy apretadas, como me gustaba, rematadas por lazo de raso blanco. Pecando de prudente, mi ayuno se remontaba a veinticuatro horas, y no doce como recomendaba don Justo, el párroco. Así que la Sagrada Forma fue mi primera falta de una larga lista de gula contenida. El desayuno, preparado en los jardines de la Capilla por las mujeres de linaje al servicio de la Santa Iglesia, fue refinado y copioso. Los suizos recién hechos sustituyeron a los churros, manjar de hogar humilde.

Ahora advierto, desde la distancia, que se evitó el aceite para no estropear los vestidos prestados.

El cirio de aquel acto, guardado desde siempre en el aparador de casa, reposa hoy sobre mi corazón vacío.

Una estampa con ángeles azules sonrientes recobra movimiento.

El Hacedor dirige hacia mí la luz de su linterna.

Se difumina el rostro de mi madre.

En el cine del pueblo va a comenzar la proyección de mi vida.

***-“Señor, yo no soy digna
de que entres en mi casa,
pero una palabra Tuya,
bastará para sanarme”***

Diseño de colección: Alvaro Villarrubia

Diseño de portada: Pablo Guerrero

Primera edición febrero 1998

© Ángeles Macua 1998

© Libros del alma 1998

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

I.S.B.N.: 84-922481-4-9

Depósito Legal: M.1.262.-1998

Impreso en España / Printed in Spain

